



Alfonso Teja Zabre

“Alfonso Teja Zabre”

p. 369-460

*Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura  
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento\\_historiografico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



---

ALFONSO TEJA ZABRE

---

HISTORIA DE MÉXICO  
*Introducción y sinopsis*  
*La biografía de México*

I

*La renovación constante de la historia*

1

LA NECESIDAD de renovar los métodos y las formas de estudios históricos se justifica por las razones siguientes:

*I.* La constante tarea de investigación aporta hechos nuevos y rectifica antiguos errores. Se encuentran documentos, se descifran códigos, jeroglíficos, manuscritos o inscripciones.

*II.* Las ciencias sociales abren nuevos caminos de interpretación y destruyen sistemas y escuelas. A la ingenuidad y a los prejuicios religiosos de los cronistas primitivos, sucede la tendencia crítica rigurosa. Se reducen al mínimo la idealización clásica y la exaltación romántica y se aprovecha, en cambio, la orientación de las doctrinas actuales.

*III.* El transcurso del tiempo borra y suaviza las pasiones políticas que han deformado la historia.

*IV.* A cada época corresponden una moral, una sensibilidad, un estado de espíritu distintos. En la narración histórica, principalmente con fines educativos, se siente la urgencia de preferir el estudio de la cultura, de la economía, del arte y de las costumbres, a la tradicional relación de hazañas guerreras y agitaciones políticas, que no tienen significación profunda si no se relacionan con los datos económicos y sociales.

*V.* Los métodos particulares de la enseñanza histórica obligan a modificar el antiguo sistema de narración cronológica, para buscar el análisis de causas, consecuencias y relaciones, la inter-



pretación y la síntesis, dejando solamente a la parte anecdótica y dramática su carácter auxiliar, por el atractivo y el gusto estético.

*VI.* Es necesario también renovar la forma. Cambian con el tiempo el estilo literario, las modalidades retóricas, la terminología de las ciencias y hasta el valor y la fuerza de las palabras en el lenguaje usual.

*VII.* Cada generación, dice José Ingenieros, debe “repensar” la historia. Los hombres envejecidos se la entregan corrompida, acomodando los valores históricos al régimen de los intereses creados: es obra de los jóvenes trasfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de las malas idolatrías. La historia que de tiempo en tiempo no se repiensa, va convirtiéndose de viva en muerta, reemplazando el zigzagueo dramático del devenir social en un quieto panorama de leyendas convencionales.

2

Por otra parte, la historia debe renovarse, en su fase didáctica o escolar, porque también cambian las normas esenciales de la pedagogía y los requerimientos de la enseñanza histórica como fuente de civismo. En este sentido, la obra corresponde directamente a los maestros. Los libros de lectura o de texto para los niños y aun para los jóvenes no son más que guías o fuentes de consulta.

La pedagogía establecida, originada por un movimiento reformista en sentido individualista y democrático, atacó los sistemas antiguos de enseñanza religiosa, no sólo en su fondo, sino en su forma. Entre otras cosas, se quiso imponer como regla esencial que los conocimientos sólo se adquieren por rigurosa comprensión, desdeñando lo que entra únicamente por la memoria. En realidad, este principio se llevó a la exageración, porque la comprensión y la conciencia son mucho más lentas y retrasadas de lo que oficialmente se supone, y si en verdad fuera preciso esperar a que las nociones lleguen por la inteligencia y mediante asimilación completa por el entendimiento, se perderían los mejores años de la vida sin poder enseñar más que datos escasísimos y elementales. La memoria debe aprovecharse para sembrar.

Con la misma tendencia se quiso dar únicamente a los espíri-



tus infantiles una enseñanza atractiva, fácil, grata, divertida, procurando reducir su esfuerzo al mínimo. Por lo que se refiere a la historia, esto explica la persistencia en dar cuentos, anécdotas, leyendas, aventuras, vidas de personajes notables, reyes, guerreros, sacerdotes, dominadores de hombres, empresarios de fortuna y hombres de acción, elevados por encima de las masas incoloras por la audacia, la casualidad, la fuerza, la violencia, la riqueza o los privilegios de sangre y, en menor escala, de inteligencia o de cultura.

3

Al pasar de una época a otra con nuevas fórmulas de civismo, de moral y de arte, la pedagogía tiene también que sufrir su correspondiente mutación. Hemos dicho que cambia hasta el lenguaje usual y, en consecuencia, parecen como difíciles de comprensión términos que corresponden a otros ya juzgados como usuales. Por ejemplo, las palabras de soberanía popular, libertad, igualdad, fraternidad, justicia, presidentes, ejército, se juzgan como accesibles y fáciles. Pero en realidad, su comprensión efectiva para los niños fue tan remota como pueden ser ahora los términos de reparto de riquezas, igualdad económica, solidaridad social, fuentes de trabajo, derechos del proletariado, etcétera. Los términos que corresponden a fórmulas de la nueva época deben comenzar a ser incrustados por la memoria, para fructificar o desarrollarse con el tiempo. De otro modo, la mayoría de los niños quedarían privados de la instrucción cívica elemental.

4

Por esto mismo, al pasar a segundo plano las narraciones pintorescas, las leyendas y las aventuras militares y políticas, la historia pierde en parte sus posibilidades de ser una materia divertida y agradable. Lo mismo pasó con la astronomía, al transformarse de fantástica en científica. Y sin embargo, no es posible pretender que se sigan enseñando a los niños las fábulas de los antiguos respecto a la construcción de las esferas celestes, llenas de música, o los símbolos de la religión que corresponden a las realida-



des de la naturaleza. Enseñar leyendas y cuentos juntamente con hechos históricos, a título de dar preferencia a los sucesos militares, políticos y aun de pura cultura superior o decorativa, es seguir fomentando algo peor que la ignorancia, como es el conocimiento deformado y falsificado.

II

*Los nuevos aspectos de la historia de México*

1

Tal vez sea la historia de México una de las ramas de la historia universal que más necesita y merece esta renovación. Por tratarse de una nacionalidad joven, intensamente agitada por convulsiones políticas y sociales, con el pasado histórico más extenso y cargado de sucesos vitales que se encuentra en América, y más aún, con los datos de una gran cultura original que todavía se están desenterrando y descifrando, la historia de nuestro país constituye un campo inmenso que reclama todavía exploradores.

La mayor parte de nuestras fuentes históricas ha sido de tendencias políticas, con fines de propaganda o de partidismo. O simplemente con propósitos de pura narración y enseñanza por la memoria, sin sentido profundo ni orientación definida. Y no es por falta de capacidad. Al contrario, nuestros historiadores han sido los más altos intérpretes del espíritu y del arte, y las mejores inteligencias de la Nueva España y de la república.

2

Pero no puede pedirse que la *Historia* de Fray Bernardino de Sahagún se guíe por los trabajos realizados en Yucatán desde Maudsley hasta Morley y Spinden, o que las obras de Clavijero tengan inspiraciones de Spengler.

La historia apenas comienza ahora a tratarse en parte como ciencia, o como ciencia en formación. Las ciencias auxiliares del conocimiento histórico han progresado aceleradamente. Una clave para entender la cronología maya transforma en terreno histórico lo que era pura arqueología, y a la inversa, la comproba-

ción de que la cronología tolteca es en gran parte fantástica devuelve todo un gran periodo que se creía histórico a la obscuridad de las leyendas o de los mitos.

## 3

Pero, sobre todo, es necesario renovar el estudio de nuestra historia usando un sistema de ideas más apropiado a nuestro tiempo. Aun con los mismos hechos, es indispensable una nueva interpretación.

Escribe Azorín, gran removedor de ideas, refiriéndose a España:

La historia literaria está todavía por construir; ha habido entre nosotros grandes eruditos, grandes acopiadores, grandes rebuscadores; ha faltado el crítico. Decimos crítico refiriéndonos a un hombre que, dotado de la precisa cultura literaria, tenga a la vez una idea central, un sistema, en virtud del cual, contrayéndolo todo a esta visión suya de la producción estética, explique lógicamente las obras, haga vivir todo un periodo literario, convierta, en fin, en un todo orgánico, vivo, lógico, lo que sin esa idea central, sin ese sistema, serían fragmentos dispersos, acarreos más o menos útiles, acopios de materiales más o menos preciosos. Es decir, que lo que nosotros pedimos y lo que no se ha hecho todavía en España —a no ser parcialmente, acá y allá— es, no una crítica erudita, sino una crítica psicológica; no una enumeración, sino una interpretación.

Lo mismo puede afirmarse para toda la historia, en general, y para la nuestra en particular. Y en esa dirección apunta este ensayo, que, cuando menos, puede valer por la altura de la intención y por haberse formado después de atender y meditar las lecciones de grandes maestros.

Ya se comprende que donde Azorín escribe “un crítico”, nosotros debemos decir “una generación”. Y donde expresa: “producción estética”, más bien querríamos poner simplemente “producción”. O mejor aún, técnica de la producción.



Usando las palabras para sugerir y no para definir diremos que nuestra tendencia de interpretación quiere ser económica, realista, humana, vitalista, lógica, racional, pragmática, dialéctica. Y no quiere ser teológica, idealizada, romántica, jacobina, positivista, sectaria o intolerante.

A cada época corresponde una filosofía, no porque la filosofía sea limitada y mudable como las costumbres y las modas, sino porque en un periodo determinado se ponen de relieve, se destacan, ciertos aspectos y problemas que interesan al movimiento social de la misma época. La filosofía es en cierto sentido eterna, y tiene proporciones infinitas en más de cuatro dimensiones. Pero hay algo como una filosofía oficial de cada época, porque la investigación filosófica se afoca hacia un sector determinado. Por la selección de los temas, por la manera de estudiar y de discernir, se fija el acento de cada filosofía. En la época moderna (en que) vimos a la filosofía, impregnada de teología y de monarquismo, pasar a la filosofía individualista y democrática. Fue todavía una continuación de las mismas tendencias, con formas y apariencias de retroceso teológico, el espiritualismo exagerado. Tiene que venir ahora la filosofía social, proletaria, de masas y colectivismo, la filosofía de la acción con pragmatismo y relatividad.

Algo semejante pasa en la historia.

Así como la filosofía general tiene sus problemas fundamentales que cambian según las épocas, la filosofía de la historia tiene los suyos especiales. Es problema de la época teológica el tema de la gracia o de la predestinación, de la supremacía de las obras sobre la fe o la infalibilidad papal.

Aparecen después las cuestiones de la ortodoxia, del libre examen de los textos sagrados, el deísmo y el ateísmo. Más tarde surgen los problemas de libre albedrío, la esencia del ser, las controversias de la materia y el espíritu, el determinismo y el origen de las especies. Estos problemas han sido superados, o abandonados, o resueltos, y casi quedan como ejercicios de es-

peculación escolástica. Resueltos, o irresolubles o declarados estériles, pertenecen a la historia de la filosofía. De modo semejante en la filosofía de la historia, importan ya poco las disputas sobre el carácter científico de los estudios históricos, porque ciencia o no ciencia, la historia es conocimiento. La antigua distinción entre ciencias, con sus leyes, y artes, con sus reglas, viene a ser cuestión de palabras como la diferencia entre heurística y hermenéutica, entre etnología y etnografía, prehistoria y protohistoria, arqueología y paleontología. Todo esto es convencional. La clasificación de las ciencias es asunto de planes escolares o de catálogos de bibliotecas. El conocimiento es uno, y las leyes o reglas sólo son instrumentos de trabajo, hipótesis, o indicaciones. La ley estelar es ilusión, la ley natural es un mito, la ley humana una norma mudable. Lo que era sistema es apenas un método, y lo que se tenía por regla es apenas indicación, actitud, posición, orientación, dirección.

## 6

Tampoco es ya problema vital resolver si hay o no progreso, si el progreso es dudoso en moral y relativo en técnica industrial. Las ontologías y las teleologías, la obsesión de la norma universal y eterna, y de la finalidad o destino del hombre, se quedan en los limbos de la metafísica y del sentido religioso, es decir, como problemas ignotos, íntimos, personales y esotéricos, fuera de la dialéctica. La vitalidad de escuelas como el enciclopedismo o el cartesianismo consiste en que los filósofos salieron a la plaza pública y atacaron los problemas que reclamaban las necesidades sociales urgentes de su tiempo. Las antiguas cuestiones se vuelven temas de gabinete o de academia, asuntos abstractos y a veces verbalistas, conceptuosos o retóricos. Los nuevos problemas son los que la filosofía debe atacar, precisamente, para no ser *ancilla theologiae*, sierva retrasada, sino fuente de acción y de vida.

La filosofía es sierva, como es sierva la historia, cuando en vez de coger a la realidad y revestirla con sus fórmulas actuales, sigue trabajando sobre ideas y conflictos que ya no son actuales, que nunca lo han sido o que han dejado de serlo, porque ya no responden a necesidades del presente, comenzando por el vocabulario. Ideas inactuales son puras palabras, y palabras sin eficacia





viviente son retórica o fraude. Sólo es verdadero lo que es fecundo, actual es lo que actúa.

El problema del intelectual, del aprendiz de filósofo, o del obrero en ideas, es descubrir los nuevos valores, cristalizar las nuevas inquietudes, plasmar las necesidades sociales y fincar las conquistas del movimiento vital en fórmulas eficaces de carácter político, espiritual, ético y estético. Así el pensamiento no es siervo, sino parte integrante del equipo, de la utilería, del instrumental que se aprovecha en consolidar las nuevas estructuras.

Por eso los intelectuales, los profesionistas que son intelectuales militantes, los técnicos de la ideología, serán vistos como meros ideólogos, con desconfianza o desdén, mientras quieran seguir usando fórmulas sacerdotales, de magia superior, de pretendida superioridad, en vez de hacerse obreros en espíritu, en el mismo sentido que el Evangelio dice pobres en espíritu.

7

En la imposibilidad de exponer la totalidad de los hechos humanos, la historia tiene que sujetarse a seleccionar cierto género de sucesos. Y esta selección no se hace por la calidad intrínseca de los mismos sucesos, sino en cada época por los requerimientos, las necesidades o las simpatías de las clases dominantes. Así es la historia, como la filosofía y el arte, como la moral y el derecho, una disciplina relacionada con las transformaciones sociales, aun cuando esto parezca darle una posición subalterna. Es imposible negar que cada época tiene sus problemas históricos, que se modifican, evolucionan y son superados o relegados. Por eso se sobrepone al concepto prelógico y bárbaro de la historia primitiva, la interpretación sacerdotal, providencial y teológica. A éstos se agrega más tarde la historia monárquica y aristocrática, feudal y militar, luego la historia política de los grandes estadistas, de los parlamentos, las constituciones y la ideología burguesa. Y en cada época también hay una curva de evolución, un movimiento en ondas que asciende y desciende: así como las clases sociales suben, crecen, llegan a su apogeo y después se estancan y descienden, la historia sigue ese movimiento ondulatorio. Se hace una historia conservadora y una historia insurgente, historia de dere-



cha e historia de izquierda, historia revolucionaria e historia reaccionaria.

8

Por eso, al pasar del periodo individualista y burgués a la época socialista y proletaria, hay también una historia insurgente y una historia rezagada, que sigue sin poder librarse de los sedimentos primitivos, teológicos, feudales, idealistas, jacobinos, románticos o positivistas. Después del positivismo se inició un movimiento de reacción espiritualista y metafísico, con tendencias teológicas y religiosas. Pero esa reacción no corresponde a un movimiento paralelo de las transformaciones sociales y económicas. Si la revolución proletaria hubiera sido aplastada, como parecía, por el auge del capitalismo, tal vez el espiritualismo habría podido arraigar o darle nuevos matices a la filosofía contemporánea. Pero la transformación, derrota o renovación de los sistemas capitalistas, permitieron la rehabilitación de lo que se ha llamado, indebidamente, materialismo histórico o interpretación económica de la historia. Sobre el fundamento de las doctrinas expuestas por Marx y Engels, contando con las aparentes disidencias de revisionistas, neomarxistas y aun pensadores que se tiene por renegados o herejes del marxismo, ha evolucionado la interpretación materialista de la historia, hasta llegar a la interpretación humanista, biológica y realista. El nombre no importa. Lo que importa es que la selección de los hechos y su encadenamiento se hagan de acuerdo con el movimiento social del presente, para crear obra viva y eficaz.

III

*Los creadores de la historia moderna*

1

Dice Keyserling: "Los espíritus que han comunicado a esta época impulsos vitales históricos (Spengler, Freud, Bergson, Lenin, Einstein, Sombart) representan por separado, en formas distintas, algo común y conexo". Es porque también representan corrientes

de ideas colectivas. Son intérpretes de un sentir multánime [*sic*] que aflora por sus bocas. Cada uno de ellos supera o rectifica al otro, pero al mismo tiempo lo confirma. Y todos ellos tendrán que seguir la misma suerte de toda manifestación vital; quedarán inscritos en el tiempo, pero tendrán que perder su carácter de actualidad.

Podrá ser o no una desgracia para la filosofía moderna la destrucción de las interpretaciones sistemáticas, pero, seguramente, para la historia, el fracaso de los sistemas cerrados y exclusivos, es una verdadera liberación.

Veamos cómo se completan, se combinan y se superan unos a otros esos factores históricos que señala Keyserling.

Después de la idealización clásica, y la exaltación romántica, sobrevino la escuela positivista, caracterizada principalmente por la ley de los tres estados de Comte y la teoría del medio físico de Taine.

Al derrumbarse la construcción positivista, la historiografía dio una especie de salto mortal en el vacío. De la creencia en el progreso indefinido y la interpretación puramente física y mecánica del mundo, se pasó a la confusión de un providencialismo nebuloso. Algunos creyeron que era preciso retroceder hasta la teología en vez de avanzar por el pragmatismo hacia la biología.

Los espíritus de tendencia reaccionaria creyeron que había llegado la oportunidad de confesar la bancarrota irremediable de la ciencia. Según matices, hubo partidarios del estancamiento doctrinal aferrado al positivismo por rutina, amigos del retorno al romanticismo, al liberalismo clásico, a la teología, a los espiritua- lismos disfrazados de teosofía, de budismo, de cristianismo evan- gélico, o por el rumbo de la política militante, hasta la teocracia y el absolutismo.

## 2

Se llegó a decir, recordando a Rousseau, que la historia es el arte de escoger entre varias mentiras, la que más se parece a la verdad. O el otro extremo, una experiencia infinitamente complicada y misteriosa, como la vida, de la cual tomamos las enseñanzas que buenamente se puede.

Se repitieron las palabras de Bolingbroke: “la erudición histó-

rica es una ignorancia fastuosa. Todas las disquisiciones sobre historia antigua o primitiva son como esos preludios o ensayos de afinación que solamente los obtusos de oído confunden en los conciertos con la verdadera armonía”.

La ley de los tres estados de Comte había sido la consagración de las teorías lineales de interpretación histórica, o sea, las que consideran la marcha de la humanidad en una línea no interrumpida. Según Comte, el hombre pasa del estado teológico al metafísico y finalmente al positivo. En el primero, principalmente es el hombre que quiere saber, que busca, que investiga, que duda. En el segundo, es el hombre que cree (*homo credulus*). En el tercer estado es el hombre que sabe, el *homo sapiens*, coronamiento y fin de la especie.

Puede decirse que la biología vino a señalar la nueva ruta. En vez de ser humildemente una disciplina descriptiva de los seres vivos, la biología se enderezó y se extendió para hacerse vitalismo, y para estudiar los fenómenos de la vida con método científico. El “impulso vital” de Bergson comenzó su carrera en el mundo de las ideas. Y después vinieron, como auxiliares, la geografía humana y la ecología.

El positivismo había forjado un dilema para el conocimiento histórico: era éste una simple colección de datos sin sentido y narraciones estimables según su valor artístico solamente, o era una rama de la ciencia, y en tal caso debería estar sujeta a leyes universales. Se intentó en vano formular la ley histórica inmutable y total. El positivismo oscilaba en movimientos desesperados para reducir la vida entera a fórmulas y clasificaciones estrictas, o dejar a la historia entre la novela y la fábula, y a la filosofía de la historia junto a la metafísica.

En lugar de la filosofía de la historia se empezó a formar una nueva rama del conocimiento, que se ha llamado morfología de la historia, o historiología o doctrina de la historia. En este campo no es preciso retroceder a Kant, sino más bien a Juan Bautista Vico, rehabilitando el linaje de pensadores que arranca del enigmático y mal conocido napolitano, y se prolonga después a través de Hegel y de Marx. Vuelve a hablarse de una interpretación económica, de una interpretación cíclica y de una interpretación biológica, es decir, vital, radical, pluralista.



IV

*La influencia de Bergson*

1

Con el método de Bergson se pudo comprender que el hombre que sabe apenas es el hombre que cree saber, y, además, que hay una entidad humana que es el *homo faber*, el hombre que fabrica y que trabaja.

Ésta es la primera aportación de Bergson a la historiografía moderna. El viejo materialismo histórico parece renovado y ennoblecido cuando se expresa lo siguiente:

En cuanto a la inteligencia humana, no se ha fijado bastante la atención en que su acto esencial es la invención mecánica, y que hoy todavía nuestra vida social gravita alrededor de la fabricación y utilización de instrumentos artificiales. Nos cuesta trabajo verlo porque las modificaciones de la humanidad van siempre retrasadas respecto de las transformaciones de su maquinaria o instrumental. Un siglo ha transcurrido desde la invención de la máquina de vapor, y estamos empezando a sentir la sacudida profunda que nos ha dado; la revolución que operó en la industria ha trastornado las relaciones entre los hombres; surgen ideas nuevas; nuevos sentimientos están a punto de brotar. Dentro de millares de años, cuando el lejano pasado sólo deje ver sus grandes líneas, nuestras guerras y revoluciones pesarán poco, si hay memoria de ellas; pero de la máquina de vapor, con su séquito de invenciones variadas, se hablará quizás como hablamos de las edades del bronce o de la piedra tallada; servirá para definir una era.

2

Y esto es tan cierto que, al estudiar con criterio moderno la historia mexicana, podrá encontrarse que los hechos de más trascendencia, apenas notados hasta ahora, son modestas invenciones como el beneficio de metales por amalgamación de mercurio, implantado en México por Bartolomé de Medina, a mediados del siglo xvi, la máquina despepitadora de algodón, inventada en 1793 por Eli Whitney, y más tarde, el uso de maquinaria en

las minas, el sistema de beneficio de metales por cianuración y el motor Diesel de combustión interna. Cada una de estas reformas en el régimen de producción puede marcar una época entera, mejor que las innumerables mutaciones dinásticas o políticas.

Y de modo semejante, se descubrirá que la influencia de los caminos, del maíz, de la sal, de los animales domésticos de alimentación o de transporte, constituyen verdaderos factores históricos, y que, para la existencia colectiva o la redención nacional, importan, en primer término, los procedimientos industriales que faciliten el regadío, el saneamiento de las regiones tropicales y la alimentación o higiene del pueblo.

### 3

Igual importancia debe concederse a los conceptos bergsonianos de la duración. Uno de los fundamentos de la historia moderna tiene su origen en estas breves líneas:

El organismo viviente es cosa que dura. Su pasado se prolonga totalmente en su presente y ahí permanece actual y activo. Si así no fuere, ¿se podría comprender que atravesara por fases definidas y cambiara de edad; que tuviera, en suma, historia? Donde quiera que algo vive, existe abierto, en alguna parte, un registro en que se inscribe el tiempo.

También es aportación de Bergson, aunque sea indirecta, la aplicación a la historia de la ley de Carnot y Clausius, según la cual toda energía tiende a degradarse en calor y el calor a repartirse uniformemente entre los cuerpos. Esta fórmula cosmológica (entropía), juntamente con el "impulso vital", debe formar ya parte de la terminología usual en los estudios históricos.

Y, finalmente, a Bergson se debe también la explicación biológica de las migraciones, los descubrimientos, las conquistas, las luchas de clases y las revoluciones, que son las fuentes más vivas y fecundas de la historia humana. La diferencia de la vida vegetativa y la actividad animal arranca desde las funciones primarias y esboza los grandes sucesos históricos en humildes orígenes de biología. Como el animal no puede fijar directamente el carbono y el ázoe se ve obligado, para alimentarse, a buscar los vegetales

que ya han fijado estos elementos o los animales que los han tomado prestados al mundo vegetal. Por esto, el animal es necesariamente móvil, desde el infusorio hasta el conquistador.

El vegetal fabrica directamente sustancias orgánicas con sustancias minerales y esta aptitud lo dispensa, en general, de moverse, y por lo tanto, de sentir. Los animales, obligados a ir en busca de alimento, han evolucionado en el sentido de la actividad locomotriz y, por tanto, de una conciencia cada vez más amplia y distinta.

Cada especie, en el acto por el cual se constituye, va a lo que le es más cómodo. Del mismo modo que los organismos primitivos se orientan hacia la animalidad, renunciando a fabricar “orgánico con orgánico”, para tomar prestadas las sustancias orgánicas hechas a los organismos ya encaminados hacia lo vegetal, otras especies animales se arreglaron para vivir a expensas de los demás animales. Efectivamente, un organismo animal, es decir, móvil, puede utilizar esta movilidad para alimentarse, o bien con vegetales o bien con animales indefensos, por lo cual cuanto más móviles son las especies, se hacen más voraces y peligrosas. Se adivinan aquí los antecedentes de la lucha de clases: tribus errantes contra tribus sedentarias, cazadores contra agricultores, emigrantes contra vegetativos, cristianos contra fariseos, cristianos contra gentiles, luteranos contra papistas, proletarios contra propietarios, rebeldes contra conservadores.

En la evolución del armamento humano, el primer movimiento es guarecerse, parapetarse; el segundo, que es el mejor, hacerse lo más flexible que cabe para la fuga y también para el ataque, que es la más eficaz manera de defenderse; así el pesado hoplita griego fue substituido por el legionario romano; el caballero cubierto de hierro debió ceder ante el infante, libre de moverse como quiere. De un modo general, en la evolución del conjunto de la vida, como la de las sociedades humanas —y como en los destinos individuales— los mayores éxitos han sido para los que han corrido los riesgos mayores.

Es decir, los emigrantes, los exploradores, los revolucionarios, los herejes, los dinámicos y los inconformes.



4

La historia trata de fenómenos complicados, llenos de obscuridades y misterios, que la historia moderna apenas empieza a revelar y que la historia antigua no ha tratado sino ocasionalmente y sin método. No es raro que las cruzadas aparezcan como un movimiento colectivo de fe cristiana contra impiedad musulmana. Pero se necesita muy poca penetración para no adivinar que junto al impetuoso empuje de las huestes de Godofredo o de san Luis, hubo también mucho de tendencia expansiva de la Europa mediterránea hacia el extremo asiático productor de innumerables mercaderías. La Europa feudal tenía hambre, y las rutas comerciales, cerradas por el dominio turco, tenían que provocar un impulso de expansión que tomó aspecto religioso en la liberación del sepulcro de Cristo, se desarrolló en las guerras civiles de España contra los árabes, y en las enormes aventuras de la exploración de rutas oceánicas hacia la India y el descubrimiento y la conquista de América. La historia clásica, romántica o idealizada no ha concedido atención a este género de investigaciones, en parte por falta de documentación, y en parte porque ha sido casi siempre una especie de crónica impregnada con el espíritu de las clases dominantes, que fueron durante siglos precisamente las que menos participación tomaron en el trabajo inmediato de la producción de riquezas. La historia moderna aún tiene mucho de estos obstáculos, pero al menos procura acercarse a la verdadera raíz de la realidad social.

5

La forma de las instituciones, la organización política, las manifestaciones de la moral, de la religión y del arte, obedecen a un ritmo universal, aunque los detalles de la decoración o los sucesos episódicos tengan variedad infinita. Las apariencias ofrecen una maravillosa diversidad de matices, pero la profunda realidad mantiene rigurosa cohesión y los más diversos factores de la vida histórica se condicionan mutuamente, se ligan en una estrecha unidad cósmica, cambian influencias, se combinan, chocan, se mezclan o se entrelazan, y forman la estructura viviente y





cambiante de las sociedades sobre la base de las posibilidades económicas, geográficas y biológicas.

No es que la línea de la evolución tenga trazada su trayectoria en forma geométrica. No hay una ruta precisa de la vida cavernaria a la organización de la familia y del clan, de la tribu errante, cazadora o pescadora, al pueblo embrionario de agricultura eventual, a la comunidad agraria, a las villas burguesas, los centros comerciales y las metrópolis industriales. Todas estas formas se superponen unas a otras y se producen de acuerdo con la marcha de los sistemas de producción, de los desplazamientos de actividades económicas, de los grandes cambios de rutas mundiales, de las guerras y las emigraciones.

6

Por eso, la línea directriz sólo puede fijarse en cuanto a la orientación y marcha de conjunto, no como si se tratara de un organismo individual, de una planta o de un ser vivo informe y enorme. Y esa orientación general, para el hecho histórico, para los efectos de exploración de causas y explicación o aclaración para fines didácticos, se encuentra principalmente en la constante fermentación, en el flujo y reflujo perpetuo de los grupos humanos que tienden a reunirse en clases según las necesidades imperiosas del régimen de producción económica, en el movimiento vital de los hombres que se esfuerzan por lograr su sustento y su mejoramiento material y espiritual, sus apetitos y sus ambiciones. Sin que la división de clases sea tan neta como lo quieren suponer los fanáticos de la izquierda o de la derecha, y sin que la lucha de clases sea el único factor de actividad social, es necesario reconocer que la raíz efectiva de la energía histórica se caracteriza por el empuje constante de los que tienen sus necesidades y sus deseos más despiertos y la resistencia de los que quieren conservar su posición privilegiada.

7

Los choques y conflictos de clases, que constituyen factores históricos de primera importancia, no se producen solamente entre

capitalistas y proletarios, o empresarios y obreros. La misma clase capitalista se desgarró en contiendas intestinas, llegando a provocar las guerras internacionales por el dominio de los mercados y la explotación colonial de las materias. En otros tiempos, esto mismo se disfrazaba de contiendas dinásticas en la disputa de los instrumentos de producción: la tierra y los siervos. Y antes aún se presentaba el propio fenómeno en las luchas tribales por la adquisición de esclavos.

La misma división que hay entre capitalista y proletario se aparece en las formas políticas de opresión colonial, protectorado, mandato, zona de influencia o territorios sujetos a dominación imperialista. La lucha entre naciones o culturas fuertes y débiles y la explotación colonial, levantan hostilidades y querellas tan fecundas en agitación histórica como los conflictos entre explotados y explotadores.

v

*Spengler y las culturas*

1

Así comenzó a renacer el sistema de las interpretaciones circulares o cíclicas derrotando a la interpretación lineal. El mérito de Spengler consiste en haber resucitado con resonancias poéticas y proféticas la idea de los ciclos históricos. Pero, como sucede con frecuencia, como ha sucedido con Marx, las fórmulas de Spengler tienen menos valor en aquello que pretende imponerse con rigor científico, que en lo puramente explorado por la intuición.

La idea de los ciclos históricos ya está, en cierto sentido, en la misma ley de los tres estados. Está igualmente en la teoría de la evolución de Spencer, que considera a la sociedad como un organismo vivo. Estaba ya en Vico, que describió el movimiento histórico como si fuera un recorrido astronómico y la humanidad se moviera corriendo y recorriendo indefinidamente por una órbita (*corsi ricorsi*).

2

La misma idea fue expresada por Saavedra Fajardo:

No son las monarquías diferentes de los vivientes o vegetales. Nacen, viven y mueren, como ellos, sin edad firme de consistencia, y así son naturales sus caídas. En no creciendo, decrecen. Nada interviene en la declinación de la mayor fortuna. El detenerla en empezando a caer, es imposible.

Y más lejos aún. La teoría de los ciclos viene desde Heráclito hasta Frobenius. La doctrina de la antigüedad (Antonio Caso, *El concepto de la historia universal*) sobre el movimiento de las sociedades se resume en este trozo del libro *Sobre la naturaleza del universo*, de Ocellus Lucanus: “Cuanto a este mundo concierne movedizo es y cambiante. Las sociedades nacen, crecen y mueren como los hombres, para ser reemplazadas por otras sociedades, como nosotros mismos lo seremos por otros hombres”. O como dice Marco Aurelio: “Las cosas del mundo son siempre las mismas en sus vueltas orbiculares de arriba a abajo, de siglo en siglo”.

Spengler había usado el término “ciclo” en su significación original. El “círculo” era para su teoría casi una forma geométrica, que hasta se podía medir, señalando dos milenios, aproximadamente, a cada rotación de una gran cultura. Cada ciclo se le aparecía como un organismo, y el signo de la fatalidad, la nota fúnebre, del destino irremediable, se convertía casi en obsesión. La cultura occidental, condenada a muerte, pareció reaccionar y se ha defendido de la maldición spengleriana, encerrando a Spengler dentro de los límites dialécticos de sus propios círculos.

### 3

La palabra *cultura*, según su origen latino, durante mucho tiempo se empleó como sinónimo de cultivo del campo, o en su sentido figurado, como elegancia de estilo, finura, urbanidad.

Después se ha tratado de oponer a la concepción teológica del mundo, una concepción natural e intelectual que siga tradiciones de la filosofía griega. “Según la concepción teológica hay que buscar el sentido y la razón de la vida fuera de ella; según el concepto cultural, la vida tiene su razón y su sentido dentro de sí misma. La cultura viene a ser una reacción de la inteligencia sobre

lo espontáneo de la naturaleza viva.” Y la cultura humana es el cultivo o fomento de ciertas funciones del hombre que se consideran de máximo valor.

Pero corresponde a Spengler el honor de haber resucitado y dado nuevas formas a la teoría de los ciclos históricos, recreando el término especial y la idea de las “culturas”. Dice Ortega y Gasset: “Spengler cree descubrir la verdadera substancia, el verdadero ‘objeto’ histórico en la cultura”, esto es, un cierto modo orgánico de pensar y sentir. Hasta ahora han aparecido sobre la tierra varios de estos seres propiamente históricos. Spengler enumera hasta nueve culturas (entre las cuales está la cultura mexicana), cuya existencia ha ido sucesivamente llenando el tiempo histórico. Las “culturas” tienen una vida independiente de las razas que las llevan en sí. Son individuos biológicos aparte. Son como plantas y tienen su carrera vital predeterminada. Atraviesan la juventud y la madurez para caer inexorablemente en decrepitud. Y el propio Spengler se expresa así: “la historia humana no es sino el conjunto de enormes ciclos vitales, cada cual con un yo y una personalidad, que el mismo lenguaje usual concibe indeliberadamente como individuos de orden superior, activos y pensantes y llama ‘la antigüedad china’ o ‘la civilización moderna’. *Las culturas son organismos*. La historia universal es su biografía”.

La historia de la cultura mexicana debe ser la biografía de México.

#### 4

Busquemos la médula de *La decadencia de Occidente*.

Una masa inabarcable de seres humanos, un torrente sin orillas que nace en el pasado sombrío, allá donde nuestro sentimiento del tiempo pierde su eficacia ordenativa y la fantasía inquieta —o el terror— evoca la imagen de los periodos geológicos, para ocultar tras ella un enigma indescifrable; un torrente que va a perderse en un futuro tan negro e intemporal como el pasado; tal es el fondo sobre el que se destaca la imagen fáustica de la historia humana.

Sobre esta superficie escriben las grandes culturas sus círculos majestuosos. Emergen de pronto, extienden a lo lejos sus magníficas curvas, debilitanse luego y desaparecen. Una cultura nace

cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo limitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere cuando su alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva.

Cuando el término ha sido alcanzado, cuando la idea, la muchedumbre de las posibilidades interiores se ha cumplido y realizado exteriormente, entonces, de pronto, la cultura se *anquilosa* y muere; su sangre se cuaja, sus fuerzas se agotan; se transforma en civilización. Esto es lo que sentimos y comprendemos en las palabras egipcismo, bizantinismo, mandarinismo. Y el cadáver gigantesco, tronco reseco y sin savia, puede permanecer erecto en el bosque siglos y siglos, alzando sus ramas muertas al cielo. Tal es el caso de China, de la India, del mundo del Islam.

Esto es la esencia de la doctrina spengleriana, que su propio creador juzga de este modo orgullosamente:

Considero como el *descubrimiento copernicano*, en el terreno de la historia, el nuevo sistema que este libro propone, sistema en el cual la Antigüedad y el Occidente aparecen junto a la India, Babilonia, China, Egipto, la cultura árabe y la cultura mexicana, sin adoptar en modo alguno una posición privilegiada.

Pero tal vez la ambición de elevar demasiado su doctrina, hasta igualarse con Copérnico, y darle al mismo tiempo un carácter estricto de exactitud fue lo que provocó las críticas y trajo las indispensables rectificaciones y limitaciones.

## 5

El historiador mexicano Ricardo García Granados ya nos había expuesto bien anticipadamente orígenes y analogías de las ideas de Spengler. Sigamos su lección.

Montesquieu estableció por primera vez el principio de que, en las sociedades humanas, las instituciones y leyes no son un

agregado sin cohesión, formado por el acaso o conforme al capricho de los hombres, sino un conjunto armónico, en el cual las partes están relacionadas entre sí, de tal manera, que no se puede alterar ninguna sin que sufran las otras; a lo cual se debe agregar que las instituciones se forman bajo la influencia de la naturaleza del país en que se desarrolla la sociedad.

## 6

Conforme a Buckle, las civilizaciones primitivas aparecieron primero en los países cálidos, pero también permanecieron estacionarias, a causa del estado de miseria a que se ha sujetado en esos países a las clases inferiores. En efecto, en donde los jornales son invariablemente bajos, la distribución de la riqueza, del poder político y de la influencia social tiene que ser muy desigual, mientras que en los países fríos, el clima que vigoriza el cuerpo, así como el trabajo más activo y más bien remunerado, trae consigo una mejor repartición de los productos, creadora de una civilización superior, quedando así demostrado que las relaciones entre las clases superiores y las inferiores dependen, como se decía antes, de las peculiaridades de la naturaleza del país.

Pero no solamente respecto a la creación y repartición de la riqueza, y, en consecuencia, respecto a la constitución política y social de las naciones, descubre Buckle la influencia de la naturaleza exterior, sino también en cuanto a la manera de pensar, dando un carácter especial a la religión, las artes y la literatura.

Se puede hacer mención de la teoría de Feuerbach, conforme a la cual el genio de un pueblo depende de la clase de su alimentación, es decir, que el hombre "es lo que come", o como se dijo en Alemania con un juego de palabras "ist was er isst".

## 7

Entre los historiadores que adoptaron el punto de vista psicológico-social, el profesor alemán Lamprecht expone, en un interesante estudio, titulado *Moderne Geschichtswissenschaft*, la manera como los pueblos van pasando en su desarrollo por lo que él llama

“edades de cultura” (*Kulturzeitalter*) sucesivas, caracterizadas por sus manifestaciones psíquicas. Por carecer de datos suficientes, se limita Lamprecht, según dice, a exponer en todas sus fases, únicamente, el desarrollo del pueblo alemán, pero ilustrando su teoría con ejemplos de otros pueblos.

En las épocas más remotas de que nos habla la historia, vivía el pueblo alemán en un estado mental de simple contemplación de la naturaleza. Sin sospechar y mucho menos pretender penetrar sus misterios, la religión era una mitología simbólica, los principales actos de la vida iban acompañados de ceremonias simbólicas, y el único arte era la ornamentación, que consistía en simples líneas curvas, que simbolizaban el movimiento y el ritmo. Por todos estos motivos, el mencionado historiador designa esa remota edad que se extiende hasta el siglo III con el nombre de “simbólica”.

A esa edad sigue la que el mismo autor designa con el nombre de “típica”, que se desarrolló bajo la influencia del cristianismo y de la cultura romana, y que abarca, aproximadamente, los dos últimos siglos del imperio romano y la primera mitad de la Edad Media. Caracteriza esta época la creciente conciencia de la personalidad nacional, que hace surgir el poema épico, destinado a ensalzar las hazañas de los héroes populares, y que trae consigo en el arte decorativo, la producción de caracteres típicos sin alcanzar todavía a lo individual.

## 8

Sigue a la “edad típica” la designada con el nombre de “convencional”, que corresponde a la segunda mitad de la Edad Media, y cuyo nombre se debe a que en ella estaban sujetas las manifestaciones de la vida a la más estricta disciplina e incluso las producciones del arte. Es la época del feudalismo, del predominio de la Iglesia y de la escolástica, en que desaparece la organización semicomunista de los pueblos, cuyos terrenos fueron absorbidos por la caballería feudal y por los conventos, que convirtieron en siervos a los labradores de la tierra. Los nuevos propietarios del terreno, es decir, la Iglesia y la nobleza se constituyeron también en soberanos, no dejando al rey más que el carácter de jefe supremo de los contingentes armados en caso de

guerra. Ese sistema político social fue transformándose a causa de la fundación de ciudades fortificadas, más o menos libres, generalmente protegidas por los reyes o la Iglesia para quebrantar el poder de los grandes señores. La importancia y poder de las ciudades fue creciendo rápidamente, y cuando se hubo formado una burguesía rica e ilustrada que, bajo el amparo de sus Cartas de Privilegios, se gobernaba a sí misma, se desarrolló una nueva cultura, que, con la introducción del régimen monetario, en sustitución del cambio de productos acabó por destruir el régimen feudal, dando así fin a la edad llamada "convencional".

Con el creciente poder y desarrollo intelectual de la burguesía se inició la "edad individualista", que duró, según Lamprecht, hasta mediados del siglo XVIII. Consistió el movimiento intelectual en una reacción contra la tiranía de la Iglesia, la filosofía escolástica y los abusos del clero y de la nobleza. No se ponían todavía en duda los dogmas cristianos, pero los hombres aspiraban a comunicarse directamente con Dios, sin intervención de los sacerdotes, a interpretar y explicar la doctrina cristiana y a investigar sus fundamentos. En filosofía, la inducción y las leyes de causalidad reemplazaron al milagro; en pintura, escultura y decoración, lo individual sustituyó a lo típico, y en política, los reyes y las ciudades se sobrepusieron a la aristocracia, la cual se vio obligada a bajar de sus castillos para convertirse de brutal y guerrera en refinada y cortesana. Este movimiento de individualismo fue más acentuado en unos países que en otros, conduciendo en algunos de ellos a una reforma de la Iglesia y separación de Roma, conocida con el nombre de "protestantismo".

El desarrollo natural de las ideas, bajo la influencia de los nuevos descubrimientos e invenciones, condujo de la "edad individualista" a la edad en que hoy vivimos y que Lamprecht llama "subjetivista", sin explicar bien el motivo, pero se infiere que el nombre se debe a que el ideal de los pueblos civilizados era la exaltación y el libre desarrollo del sujeto, o sea una especie de ultraindividualismo. Está caracterizada, en efecto, esta época, por la tendencia a destruir todo dogma o tradición que entorpezca la acción individual en sus legítimas aspiraciones; la libertad en política, la libre competencia en la producción de bienes materiales, el realismo en el arte y la literatura, y en filosofía la tendencia a desligar la psicología de la metafísica.



Después de haber explicado los motivos que justifican esa división de la historia en “edades de cultura” y de haber hecho resaltar los rasgos característicos de cada una de ellas, procura Lamprecht describir el proceso psicológico de las épocas de transición de una “edad de cultura” a la otra. Cuando una edad de cultura, que llamaremos mejor “edad histórica”, toca a su fin, aparecen, con ciertos signos característicos, como son la petrificación de las ideas hasta entonces predominantes, el pedantismo intolerante y el mayor apego a la tradición en ciertas clases sociales; pero las nuevas ideas y tendencias, que se mezclan a las doctrinas caducas, son más fuertes que las fuerzas de inercia, produciendo una desasociación de ideas y un desequilibrio mental, que temporalmente desencadenan los instintos egoístas y que producen una crisis, que no todos los pueblos resisten.

Pero ¿de dónde brotan estas ideas y tendencias, que producen tales transformaciones? ¿Surgen esas ideas espontáneamente o son el producto de circunstancias especiales? A esto contesta Lamprecht diciendo que la evolución económica es la que trae consigo “en primer término” la evolución de las ideas y que sus edades de cultura coinciden, aproximadamente, con las de los economistas, correspondiendo la “simbólica” a la “pastoril”, la “típica” y la “convencional” a la “mercantil con régimen monetario”, y, en fin, la “subjetiva” a la “industrial moderna”.

Esto parece una combinación de Marx y de Spengler.

## VI

### *La influencia de Einstein*

Las teorías de Einstein, según la interpretación popular, tienen que restar fuerza dogmática a los círculos cerrados y perfectos de Spengler. El sentido histórico de la teoría de la relatividad ha sido expuesto por José Ortega y Gasset (*El tema de nuestro tiempo*) recordando, una vez más, que un edificio científico de esa importancia no es obra de un solo hombre, sino resultado de la colaboración indeliberada de muchos, precisamente de los mejores, y que la orientación que revelan esas tendencias marcará el rumbo de la historia occidental. Para la física de Einstein, el conocimiento humano es absoluto; la realidad es la relativa. Los

viejos absolutistas cometieron en todos los órdenes la misma ingenuidad. Parten de una excesiva estimación del hombre. Hacen de él un centro del universo. La geometría euclidiana, que sólo es aplicable a lo cercano, era proyectada sobre el universo. Esto es lo que puede llamarse “perspectivismo”.

La teoría de Einstein es una maravillosa justificación de la multiplicidad armónica de todos los puntos de vista. Amplíese esa idea a lo moral y a lo estético y se tendrá una nueva manera de sentir la historia y la vida. El individuo, para conquistar el *maximum* posible de verdad, no deberá, como durante centurias se le ha predicado, suplantar su espontáneo punto de vista por otro ejemplar y normativo, que solía llamarse visión de las cosas *sub speciae eternitatis*. El punto de vista de la eternidad es ciego, no ve nada, no existe. En vez de esto, procurará ser fiel al imperativo unipersonal que representa su individualidad. Lo propio acontece con los pueblos. “En lugar de tener por bárbaras las culturas no europeas, empezaremos a respetarlas como estilos de enfrentamiento con el cosmos equivalentes al nuestro. Hay una perspectiva china tan justificada como la perspectiva occidental.”

Y nosotros repetimos: una perspectiva mexicana, o si se quiere, iberoamericana o criolla.

## VII

*La superposición de formas económicas*

## 1

A Werner Sombart le debe la historia moderna una interesante perspectiva, a la vez psicológica y económica, de los antecedentes del capitalismo y la formación de clases sociales que han precedido a la burguesía industrial. En particular, la historia de España, en el punto que a nosotros nos atañe de modo fundamental, o sea la tremenda crisis de la decadencia iniciada desde el siglo XVI, ha sido estudiada en *El burgués*. Ahí también se encuentran apuntes certeros sobre la importancia y el carácter de las migraciones. Dice:

Sería una tarea por demás atrayente escribir una historia universal de la humanidad, colocándose desde el punto de vista de las influencias

que “el extranjero” ha podido ejercer sobre los acontecimientos del país en el que ha sido lanzado por las vicisitudes étnicas se ha efectuado en gran parte a favor de las influencias exteriores [sic]. Que se trate del sistema religioso o de inventos técnicos, de formas de la vida cotidiana, de modas o de costumbres, de revoluciones políticas o de prácticas financieras se comprueba que se trata siempre, o casi siempre, de estímulos impresos por los “extranjeros”. Y algo semejante cabe decir de los herejes. [Es decir, un nuevo y más amplio aspecto de la lucha de clases.] Vemos así al “extranjero” revelarse en todo y siempre como el precursor; el iniciador del capitalismo más avanzado y esto en cualquier país al que se hubiera trasplantado [Estado civilizado de Europa o colonia de ultramar]. El espíritu capitalista debe su sello moderno a la “falta de escrúpulos” con respecto al “extranjero”. [Y a la inversa, a la falta de escrúpulos del extranjero en el país donde prospera sin arraigar.]

## 2

Pero la tesis más interesante de Sombart, que constituye una verdadera clave de la ciencia y de la vida, se encuentra en esta sencilla conclusión, formulada en la parte final de *El capitalismo*: “En el curso de la historia aumenta el número de los sistemas de economía que se practican en la misma época... surgen nuevas voces sin que las antiguas dejen de sonar... Sin duda en el porvenir subsistirán:

Capitalismo. Cooperativismo. Economía comunal. Economía personal. Artesanado. (Sindicalismo.) Pequeña agricultura. (Y cada vez más remotos, peonaje, servidumbre, esclavitud.)”

Lo que afirma de la economía puede extenderse a la mayor parte de las actividades humanas. En el mundo modernísimo comprobamos la supervivencia de rasgos cavernarios y trogloditas, sepultados bajo los aluviones no sólo de una cultura, sino de varias culturas. Lo mismo sucede en arte, en costumbres domésticas, en religión, en política. Sombart ha pretendido modificar de esta manera la visión marxista, porque “Marx no quiso realmente escribir historia, sino hacerla”, y vio el problema como táctico, analizando la lucha de clases en un momento dado, y preparando el advenimiento de una nueva época como si fuera la última y definitiva de la civilización. Sombart ha tenido más intención histórica, y se ha asomado como “un profeta al revés”,

para descubrir los antecedentes del capitalismo en la cultura europea y para vaticinar el porvenir inmediato.

## 3

El mismo Sombart explica, en la introducción de su obra *El apogeo del capitalismo*, que aun cuando rechaza lo que en síntesis se llama actualmente "marxismo", admira en Marx sin reserva al historiador y al teórico del capitalismo. Si la ciencia económica ha podido llegar en sus investigaciones a resultados fecundos, es por haber seguido durante un siglo los caminos abiertos por Marx. Pero Marx estudió el capitalismo naciente, y quiso edificar un sistema científico que sirviera al mismo tiempo como recurso práctico y político para la lucha de libertad proletaria.

Si tratamos de comprender, dice Sombart, el encadenamiento de los hechos históricos según la razón y los instintos humanos y tal como se aparecen ante nuestra conciencia, debemos eliminar toda consideración metafísica. Y es cuestión metafísica saber si la fuerza motriz de la actividad humana (que unos llaman espíritu y otros materia) funciona independientemente de nuestra voluntad. La filosofía social sólo se ocupa de las manifestaciones humanas que toman forma concreta, es decir, que reciben la huella de la vida física del hombre.

## 4

Y agrega:

Aunque el marxismo haya buscado y muchas veces encontrado las fuerzas motrices de la historia en la esfera vital, ha sufrido también el error de los espiritualismos que conceden carácter de fuerza motriz a simples fenómenos de correlación. Así es la plusvalía del capital. El capital mismo es solamente una relación social, que no puede estimarse sino con todo su conjunto de anillos intermediarios. Lo mismo puede decirse de la "división del trabajo" y de la "conurrencia", que son efectos y no causas. Hasta las instituciones jurídicas, la técnica industrial o los factores demográficos no son propiamente fuerzas activas, motrices y determinantes, porque para producir efectos necesitan apoyarse sobre algo que funcione con energía vital.



El sistema jurídico no formula reglas de conducta más que cuando ya se ha realizado un estado de cosas. Es como un conjunto de placas indicadoras y cuadros de avisos, que señalan a los viajeros el camino que deben seguir. (Algo así como un código de señales y reglas de tránsito.) Sabemos por experiencia que el sistema jurídico como tal, por sí mismo, es impotente. Una organización profesional es letra muerta si no se cuenta con hombres capaces de crear y desarrollar un sistema económico.

En cuanto a la técnica, ninguna posibilidad de este orden puede realizarse si no es por otra fuerza auxiliar distinta de la técnica. Antes de usar la máquina de vapor se necesita haberla inventado y después se necesitan los trabajos y los medios de aplicación. La técnica puede existir en potencia solamente, como se dice de algunas invenciones de los chinos. En resumen, la fuerza motriz de la historia no es más que el hombre viviente, con sus aspiraciones, sus finalidades, sus impulsos voluntarios, sus pensamientos y sus pasiones.

Pero hay que decir más bien: el hombre y la tierra; el hombre y la ciudad; el hombre y la máquina.

VIII

*Marx-Lenin y el materialismo histórico*

1

Por otra parte, Spengler creyó haber eliminado a Marx de la historiografía. El materialismo histórico parecía enterrado por la ciencia experimental, puesto que los hechos no habían confirmado las profecías marxistas. El libro de Spengler, escrito por el año de 1914, negó, una vez más, en nombre de la experiencia y de la lógica todo valor científico a las doctrinas marxistas. Pero vino la extraordinaria experiencia o aventura de Lenin. Y el marxismo reapareció reclamando una revisión. En este sentido es seguramente como Keyserling considera a Lenin como factor histórico. No importa que el marxismo fracase o no como fuerza puramente política. Se ha demostrado que es algo más lleno de vitalidad que una simple doctrina económica, porque es también una gran fuerza de mística social.

## 2

La mística revolucionaria es una continuación lógica de la mística democrática. Este rasgo se revela con la siguiente frase de Sorel, escrita en *El sindicalismo revolucionario*:

El socialismo es necesariamente una cosa muy oscura, puesto que trata de la producción, esto es, de lo que existe de más misterioso en la actividad humana, y se propone aportar una transformación radical en esta región, que no es posible describir con la claridad que se encuentra en las regiones superficiales del mundo.

Sin embargo, esta indicación no significa que todas las doctrinas socialistas tengan tal significación puramente mística. Max Eastman, Benedetto Croce, Henri de Man y Werner Sombart nos enseñan cuál es la fuerza real del marxismo ante la ciencia. Y Lenin llegó a resultados semejantes por la experiencia política y social. Así es discutido el marxismo como sistema y como dogma, pero sin quedar totalmente anulado. Se demuestra que “no es todo, pero que es mucho”. Y debe ser más aún como hipótesis científica, como alta escuela de economía y como idea fuerza, o potencia histórica, impregnada de sentido mágico y místico. *El capital* de Marx ha sido lo que fue el *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau para la revolución democrática.

## IX

*La importancia del factor económico*

## 1

El factor económico no es todo, desde luego, porque cualquier impulso económico (inventos, reformas, leyes, etcétera) es a su vez creado y dirigido por el espíritu. Pero en la historia debe de todos modos darse sitio más amplio a las causas económicas porque son más próximas, visibles, explicables y precisas que los impulsos remotos del espíritu, del instinto, de la fatalidad, o del azar o de la subconsciencia. La concepción marxista de la historia tiene en cuenta, en primer término, lo más primitivo y lo más racio-



nal. Es decir, lo más explicable, próximo y sólido. Mientras los conceptos se van haciendo menos materiales y precisos (política, religión, arte, moral, espíritu) se hacen también menos explicables y definibles, hasta subir al concepto ideal, metafísico, cósmico y divino en busca de la causa final y del origen de la vida.

Dejando fuera de estas anotaciones la parte netamente política del marxismo, que constituye un problema aparte, puede decirse con Henri de Man (*Más allá del marxismo*) que es necesario reconocer sin reservas que las hipótesis marxistas han contribuido a hacer más fáciles las investigaciones históricas, porque fijaron la atención sobre un factor esencial de la historia, el económico, que, aunque no fue descubierto por Marx, estuvo antes muy abandonado.

2

Así es que la doctrina marxista, en cuanto idea-fuerza y como hipótesis y explicación de la historia humana, tiene que ocupar un sector de primera importancia. No puede ser una explicación total o una filosofía de la historia. Esto sólo parecen creerlo los llamados “marxistas ortodoxos” que el propio Marx desconocería, puesto que, en este sentido, afirmó a Sombart que él mismo no era “marxista”.

En el discurso que pronunció ante la tumba de Marx, Engels explicó su teoría de la historia diciendo que era el descubrimiento

de uno de los hechos más simples, pero que, hasta entonces, había permanecido enterrado debajo de un cúmulo de excrecencias ideológicas, a saber: que los hombres tienen ante todo necesidad de comer, de beber, de vivir y de vestirse y que no es sino hasta después de haber satisfecho todas estas necesidades cuando pueden pensar en ocuparse de política, de ciencia, de arte y de religión.

3

La fase más corriente de la interpretación marxista de la historia puede condensarse como sigue: en la producción social de sus medios de subsistencia, los hombres contraen entre sí relaciones

necesarias, independientes de su voluntad. Estas relaciones de producción forman la estructura económica de la sociedad: la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas definidas de conciencia. El modo de producción de los medios de subsistencia materiales condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres la que determina su manera de ser, sino su manera de ser social lo que determina su conciencia. En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad se manifiestan en oposición con las relaciones de producción existentes, o para decirlo en términos jurídicos, se manifiestan en oposición con las formas de propiedad dentro de las cuales había operado hasta entonces. Después de haber favorecido el desarrollo de fuerzas productivas, estas formas de propiedad se convierten, en un momento dado, en un obstáculo para su desarrollo ulterior. Y en este momento es cuando se produce la revolución social. En consecuencia, el desarrollo de las fuerzas de producción engendra un conflicto de clases, y la clase explotadora, para preservar su supremacía, crea o se apropia el Estado, codifica las costumbres, así como las ideas y tendencias morales favorables a su supremacía. Este Estado, estas ideas y tendencias, no son unos reflejos del proceso económico, sino los efectos de este proceso. Y cuando se trata de esferas más alejadas de la base económica, como la religión y el arte, el marxismo afirma que se trata entonces de imágenes simbólicas de las condiciones económicas.

Los críticos superficiales y la propaganda capitalista tomaron solamente la expresión de “comer y beber” y condenaron la interpretación económica de la historia por su bajeza y su brutalidad. Por eso ha sido necesario explicar que los móviles orgánicos y biológicos no se refieren exclusivamente a la satisfacción de las necesidades animales.

x

*Evolución del marxismo*

1

Uno de los errores más frecuentes en la crítica del marxismo es considerar la llamada teoría del materialismo histórico como una





interpretación económica simplista. Se pretende tomar el concepto de la economía clásica en vez de la visión económica iniciada por Marx, que es mucho más amplia. La economía clásica es a la economía moderna lo que la gramática escolar a la ciencia del lenguaje, lo que la geografía descriptiva a la geografía humana.

Es verdad que Marx deriva la historia principalmente de la economía; pero entiende a su vez el hecho económico derivado de la geografía, o sea la relación del hombre y la tierra, por medio de factores materiales y espirituales. De esta manera el marxismo no sólo se hace humano, sino profundamente espiritual y aun místico.

El camino para llegar a la humanización del marxismo empieza por un trabajo de comprensión y depuración. Las doctrinas de Marx no deben entenderse como dogmas ni como interpretaciones aisladas. Son solamente un eslabón en la cadena del conocimiento y de la historia. Se debe discernir lo que en ellas hay de relativo, de rectificado, de falsificado o de extraviado. Debe juzgarse lo que es propaganda, lo que es literatura de combate, lo que se ha usado como bandera o como pretexto de combinaciones temporales y de estrategia política o facciosa.

2

Con razón puede afirmarse que todo lo que ha sido dicho, hasta por los discípulos de Marx, sobre el pretendido carácter unilateral del marxismo y su llamado desprecio por todos los "factores" de la evolución social que no sea el factor económico, proviene simplemente de la incomprensión de aquéllos sobre el papel que Marx y Engels reservan a la acción y a la reacción recíproca entre la "base" y la "superestructura".

Los textos del marxismo auténtico son perfectamente claros. *El manifiesto de 1847 [sic]* demuestra que sus autores habían comprendido bien el valor del "factor" ideológico. Si el "factor" ideológico desempeña un papel importante en el desarrollo de la sociedad, "él mismo es previamente creado por este desarrollo".

## 3

El desarrollo político, jurídico, filosófico, literario, artístico, etcétera, reposa sobre el desarrollo económico. Pero todos reaccionan, conjunta y separadamente, uno sobre el otro y sobre la base económica... No hay, pues, un efecto automático de la situación económica como algunos quieren figurárselo por comodidad. Son los hombres los que hacen su propia historia, pero en un medio dado que los condiciona sobre la base de relaciones efectivas determinadas. Entre estas últimas son, sin embargo, aquellas de orden económico las que tienen, al fin y al cabo, cualquiera que sea la influencia ejercida sobre ellas por las de orden político e ideológico, una acción decisiva, y constituyen el hilo conductor que permite comprender el conjunto del sistema.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que, en definitiva, determina el de todas las relaciones sociales, depende de las propiedades del medio geográfico. Pero una vez que ciertas relaciones sociales han surgido, ejercen, a su vez, una gran influencia sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. De manera que lo que primitivamente es una consecuencia, se convierte a su turno en una causa; entre la evolución de las fuerzas productivas y el régimen social se producen una acción y una reacción recíprocas que toman en diferentes épocas las formas más variadas.

La influencia del medio geográfico sobre el medio social representa una cantidad variable. La evolución de las fuerzas productivas, condicionada por las propiedades de este medio, aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza y, por tanto, crea una relación nueva entre el hombre y el medio geográfico ambiente.

En su libro titulado *The economic interpretation of history*, Seligman reconoce abiertamente que lo que ha hecho retroceder a los sabios delante de la teoría del materialismo histórico son las deducciones socialistas que se han derivado de ella. Pero encuentra que se puede obviar el inconveniente "siendo partidario del materialismo económico" y permaneciendo, sin embargo, adversario del socialismo. "El hecho de que las concepciones económicas de Marx sean erróneas, dice, no tiene ninguna relación con la verdad o falsedad de su filosofía de la historia." Ésta es la transacción del pragmatismo anglosajón frente al marxismo.

Más ampliamente aún se expresa Rosa Luxemburgo:



Sólo en las cuestiones económicas cabe afirmar que la concepción marxista representa una elaboración acabada y completa. La interpretación materialista y dialéctica de la historia, parte magistral de la actividad marxista, ofrece, en cambio, un método abierto a la investigación, un conjunto de directivas generales que permiten entrever un mundo nuevo y ofrecen perspectivas infinitas a la iniciativa individual, como si facilitara alas a los espíritus audaces para explorar terrenos desconocidos.

Esto es lo que podríamos llamar modernización o humanización del marxismo. O más directamente, por lo que a nosotros se refiere, latinización, traducción al romance de la ideología marxista.

4

El postulado marxista de que el trabajo es la medida del valor, podrá seguir como tema de disputas por siglos enteros en cuanto a su exactitud científica. Pero basta con reconocer que “muchas veces el trabajo es medida aproximada del valor” para que se forme un concepto moral y sentimental, más poderoso que el concepto científico. Y lo mismo puede decirse de la plusvalía o de la lucha de clases, aunque el paso del capitalismo a la socialización se haga por caminos tan diversos como el *police power* de los Estados Unidos, o la dictadura del proletariado en Rusia, o la sorda y lenta mutación de los dominios británicos.

La lucha de clases, dice Antonio Caso, que para Marx constituye la ley de la evolución, es hija de la dialéctica hegeliana, y expresa, indudablemente, un aspecto muy verdadero de la vida superorgánica.

La asociación realizada por la máquina vino a derrumbar las superestructuras sociales, como dicen los marxistas, y ha dado a las clases proletarias la conciencia de su fuerza, que es el número. De aquí la serie de grandes movimientos sinérgicos intersociales e intrasociales, que escalonan y ordenan la historia: la constitución de la esclavitud; la transformación del esclavo en siervo del terruño; la ascensión lenta de la burguesía, desde el movimiento comunal de la Edad Media hasta su triunfo en la Revolución francesa, y, por último, la revolución social contemporánea, que es la última erupción habida en la geología de la historia,

porque trata de poner en la cúspide de la pirámide social a las clases que siempre le sirvieron de cimiento. Y agrega:

La noción de grupo antropológico se relaciona, íntimamente, en nuestro sentir, con la clase social. En los pueblos hispanoamericanos, los mestizos y los criollos ocupan los primeros puestos de la actividad social, en cada nación, y relegan sobre los indígenas todo el peso de las más penosas y difíciles tareas sociales. La raza vencida se ha convertido en la clase proletaria; más aún, en los trabajadores campesinos que, referidos a la gleba, han vivido, desde la conquista española, en estado de esclavitud o servidumbre apenas mitigada.

La etnología del mundo entero, así en Inglaterra como en México, y en la India como en Egipto, comprueba que la noción de la clase social debe sustituirse, como concepto sociológico, a la de raza. Nosotros decimos, a la vez, lucha de razas y lucha de clases, como dijeron Gumpłowicz y Karl Marx; y pensamos que la guerra y la diferenciación económica han cambiado totalmente el sentido de la palabra raza en sociología. No se trata de grupos antropológicos superiores o inferiores, sino, más bien, elementos diversos de las construcciones sociales, que se han sumado, en el curso de la evolución, dentro de la complicada organización sinérgica, etnográfica y económica del Estado moderno.

Los factores geográficos y etnológicos transfórmanse en causas más íntimamente relacionadas con la convivencia, las causas económicas. Entre ellas influye también, por modo preponderante, además de la cifra demográfica, la inteligencia inventora de útiles y la división del trabajo, que sustituye a la diferenciación fundada en la fuerza la selección basada en la ocupación. Con razón pensó Marx que la lucha de clases constituye la ley de la historia.

El mismo maestro Caso escribe en su última edición de *El concepto de la historia universal*:

El materialismo es un subjetivismo falso; mas, claro está, sólo parcialmente falso. ¿Quién negará jamás, sobre todo en el mundo contemporáneo, la influencia de la técnica en la obra cultural?... No sólo de pan vive el hombre, pero principalmente de pan. (Y sin pan no puede vivir.)

Estas concesiones son de extraordinaria importancia. Desde luego, el buen método científico impone buscar en una doctrina lo que tiene de verdad. Y por esto debe comenzarse.

Y es fácil comprobar que la noción de lucha de clases se encuentra clásicamente consagrada desde Platón hasta Lester F. Ward, pasando por Vico.

Ya en la *República* se encuentran estas ideas: los hombres no se conforman con una vida sencilla; los mueven ambiciones, deseos de adquirir, rivalidades y envidias. Por eso se producen choques de grupos humanos que invaden o defienden territorios, o que luchan dentro del mismo territorio por disfrutar los recursos del suelo. Al desarrollarse el comercio y la economía se engendran nuevas divisiones de clases. “En toda ciudad hay realmente dos ciudades: pobres y ricos en hostilidad.” Y en cada grupo se encuentran subdivisiones. Los cambios en la distribución de la riqueza producen cambios políticos. Todas las formas de gobierno tienden a perecer por exceso de sus principios básicos: aristocracia, oligarquía, imperialismo, concentración de poder: revolución.

En la *Scienza Nuova* de Vico ya se expresa que de la concentración del poder de los padres-reyes en el poder e imperio del orden nobiliario, resultan las luchas de clase de la nobleza contra la plebe sublevada, por no poder ser sometida. Estas luchas de clase dan a toda la época el nombre de “heroica” y acaban finalmente en la victoria de la plebe, con la cual queda superada la época heroica y se verifica la transición a la humana. La época heroica arranca del nacimiento del Estado, en su forma aristocrática, y abarca las largas luchas que giran en torno a la transformación de esta primera forma de Estado en la segunda, la de la libertad popular.

Y este párrafo, según Richard Peters (*La estructura de la historia universal en Juan Bautista Vico*), en pocas palabras comprende la historia entera de la época heroica, y casi pudiera decirse, la historia universal:

Las primeras ciudades se encontraron fundadas sobre clases de nobles y catervas de plebeyos, con dos propiedades eternas contrarias, que brotan de la naturaleza de las cosas humanas, civiles, tal como lo hemos explicado: los plebeyos quieren siempre cambiar los estados (*stati*, también en sentido de Estados, constituciones), y, en efecto, los mudan; y los nobles quieren siempre conservarse.

Y el inventor de la sinérgica, Lester F. Ward, escribe:

La remoción de obstáculos para la satisfacción del deseo es la causa íntima de todo progreso social: transforma el medio; modifica las estructuras sociales existentes y produce otras nuevas; establece instituciones; resiste las tendencias opresoras de los códigos y costumbres anticuadas; inicia reformas que son en el fondo una especie de muda social. Si las estructuras viejas y perjudiciales oponen demasiada resistencia, a la larga se produce una revolución. Constituye esto, en suma, el proceso dinámico de la sociedad.

6

José Vasconcelos se expresa en este punto así:

digamos que por desgracia se salió del positivismo; pero se ha caído en dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado, por una parte, y por la otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social, que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas socialistas europeas y norteamericanas.

El pensamiento cultivado, el pensamiento universitario, al separarse del positivismo, al desentenderse del spencerianismo, cayó en la boga muy pasajera de Bergson. Pero en la actualidad, en los centros más importantes, como en Lima y en Buenos Aires, La Plata, etcétera, parece operarse una revolución de conceptos que fatalmente nos ha llevado al estudio de Kant, punto de partida todavía indispensable de toda especulación profunda.

Pero él mismo nos indica una solución mejor, que no es el retorno a la metafísica. Dice:

Un caso muy significativo y que casi marca un periodo en la historia de nuestro pensamiento lo hallo en los libros del profesor Nicolai, que nos ha traído nuevos conceptos biológicos y sociales.

Enfrente del darwinismo que, como una ponzoña destructora, nos dieron los filósofos de las naciones imperialistas, las doctrinas de cooperación y auxilio mutuo, que antes que nadie Nicolai ha propagado en nuestros medios, responden exactamente a la condición social de la América Latina y a la misión histórica que nos está encomendada.



7

El propio Nicolai describe la lucha de clases al decir que la guerra no es más que una de las innumerables consecuencias que ha traído consigo, en un cierto estado de la evolución, el establecimiento de la propiedad. Cualquiera que sea la finalidad confesada de la guerra, se trata siempre de despojar al hombre de su trabajo, o del fruto de su trabajo.

Dice también Nicolai:

Una contribución de guerra no es otra cosa más que una parte del trabajo del enemigo vencido. La guerra pretende hipócritamente proteger la propiedad individual; pero atentando al conjunto del pueblo vencido, atenta indirectamente contra los derechos de cada individuo.

La propiedad ha creado la guerra y ella la mantiene; no es una fuente de virtud más que para los débiles, que necesitan de este estimulante para ser excitados al esfuerzo. En todos los tiempos la lucha ha tenido por objeto la posesión.

Y lo que se afirma de las guerras extranjeras puede comprobarse igualmente en las luchas civiles y en las agitaciones revolucionarias. [*Biología de la guerra.*]

No hay, pues, en el caso de Bergson, una moda pasajera, sino la orientación hacia la biología moderna que resuelve la vieja lucha dualista del espíritu y la materia, “espiritualizando el materialismo”. Y quitando al marxismo la ponzoña de odio que le han puesto la incompreensión, la mala fe, la ignorancia y la política.

8

Vasconcelos rechaza el marxismo ortodoxo pero, lo mismo que Antonio Caso, tiene que ceder en algunos puntos esenciales. Y su actitud resulta al fin inclinada en el sentido de una composición o transacción con el llamado materialismo histórico, como puede verse en los siguientes extractos:

El socialismo es un humanismo aplicado a lo económico; un esfuerzo noble y necesario para corregir las iniquidades de la desigualdad; un entusiasmo fundado en los nuevos medios que ha ido acumulando la

ciencia para el servicio del hombre y una reacción contra la hipocresía; el fariseísmo de los que han estado usando el nombre de los valores más altos, religión, arte, filosofía, para encubrir la codicia y la corrupción de un régimen económico que ha llegado a la monstruosidad con el capitalismo. Las conquistas teóricas o prácticas del socialismo, tales como la secularización de la tierra y de todas las fuentes de riqueza, la jornada legal de trabajo, el salario mínimo y la protección del valor humano sin atender al prejuicio de casta, son conquistas indiscutibles.

El marxismo resulta entonces, si se quiere, una fantasía genial, obra de un poeta de la economía, pero no una tesis fundada en la ciencia.

Con más eficacia que el mero ideólogo Marx, los inventores, los que adaptan el motor a la industria, el abono a la tierra, han ido transformando la economía del mundo.

La economía es una práctica, no una ciencia. Todas las leyes económicas se quebrantan después de cada invento de importancia; nuestra economía ha ido dependiendo de los aciertos y desaciertos del ingenio humano. La palanca, la máquina, la química significan más en economía que cualquiera ley histórica o geográfica.

## 9

A pesar de que no constituye una doctrina cabal, sino sólo una tesis económica, el marxismo ha ido tomando en la América española proporciones de religión.

Inglaterra no cuenta en la fama, ni por inventiva religiosa —que en eso es sordomuda—, ni por descubrimientos que marcan épocas —la navegación de vapor que ella aprovecha se practicó por primera vez en Barcelona, y Papin, francés, descubrió el principio de la caldera—, ni por creaciones artísticas imponentes. Y las extraordinarias proezas de navegantes y de colonos hubiesen sido imposibles sin el genio universal de un Vasco de Gama o de un Colón. Pero a pesar de que en todo llegaron tarde, les cupo la suerte de quedarse con unos derechos de reparto, que, después, a la hora de aplicar la máquina a la producción en grande, resultaron provistos de lo que reclamaba el instante: hierro y carbón de piedra. Cesó, de pronto, el auge del oro y las plumas pintadas y la nueva bonanza hullera les dio el monopolio para la explotación de la tierra y mar. Y como ocurre con todo pueblo apto en el





instante de su acceso a una misión importante, las virtudes necesarias para cumplirla aparecen en brote generalizado. La actividad, la formalidad en las citas y los tratos se hicieron pronto rasgos del carácter inglés; pero ya lo habían sido del carácter español en el periodo de la conquista. ¿Y para qué quiere tesón en el esfuerzo, método y horario quien vive, por ejemplo, de cosechas subordinadas al curso de las estaciones? En cambio, el comercio, la rapidez de las comunicaciones, trajeron disciplinas derivadas naturalmente de la exigencia capital de la tarea.

Hoy vemos claro que la supremacía inglesa de los últimos tiempos se explica perfectamente por razones de orden material y accidental y no prejuzga nada acerca de la capacidad de otros pueblos.

10

La Edad Media vivió encerrada dentro de sí hasta que empezaron a romper la incomunicación Marco Polo y Vasco de Gama. China inventó la pólvora y el Occidente tuvo que inventarla de nuevo, y así en muchos aspectos la humanidad, recogida en zonas amuralladas, ha estado repitiendo, derrochando su esfuerzo. La causa esencial de este aislamiento está en la pobreza de los medios de vencer la distancia. Por allí hablo, en la "Metafísica", de periodos humanos según el factor velocidad; la época del paso, acrecentada apenas por el caballo, dinámica en línea recta; después el periodo que se abre con la invención de la rueda, prolongado con el motor, y, finalmente, el periodo novísimo de la hélice, que se desliza sobre los elementos impulsando navíos y aviones.

11

La rueda apresura emigraciones y conquistas, consolida los grandes imperios. Alejandro y César se transportan en carros a la victoria; sus emblemas no debieron ser flecha ni lanza, puesto que el sistema dinámico de la horizontal en movimiento estaba ya superado; pero la heráldica se atrasa a menudo toda una época. El signo técnico de la antigüedad grecorromana, persa, es la rueda, y su geometría, su filosofía, hasta en el propio Dante, es cosa

de círculos. Después, los círculos se vuelven, en Laplace, elipses, y hoy, que la hélice altera valores, modifica conceptos, el espacio se acorta en lo material, pero la visión espiritual se agranda. Y aun en lo político, a pesar de un recrudescimiento del momentáneo patriotismo nacionalista, se adivina próxima una organización mundial a base de continentes y culturas en substitución del régimen de dinastías o de alianzas económico-políticas.

## 12

Ya don Francisco Bulnes se escapaba del positivismo para escribir:

El alma de la evolución política es, como dijo Marx, el factor económico, y lo que la experiencia enseña en los pueblos latinoamericanos es: cuando el factor económico produce miseria pública, el periodo de anarquía es largo y parece no tener fin. Cuando el factor económico obra rápidamente en el sentido progresivo, desarrollando la riqueza de los pueblos, entonces los periodos de dictadura inteligentes y liberales aumentan y son rápidos y poco dolorosos los de anarquía; y llega un momento en que, debido al desenvolvimiento económico se cumple el político, se cumple el jurídico, se cumple el religioso, se cumple el literario, se cumple el artístico, y entonces, la sociedad va entrando poco a poco en formas nuevas de gobierno regidas por leyes que no admiten marchas violentamente convulsivas [*La guerra de independencia*].

Estudiando, no leyendo, la historia de México, se nota que en el torbellino de la anarquía se desenvuelve, enérgico e imperturbable, un fenómeno: la lucha por el poder, de las clases sociales, llegando la mesocrática a una victoria completa al caer en el cerro de las Campanas, fusilado, el archiduque Maximiliano: desde esa fecha, la clase media, dominando en ella el elemento mestizo, o sea el popular, adquirió el *control* del país, acaudillado por el proletariado profesional. El general Díaz, sin meditarlo, y el señor Limantour, por sus inclinaciones plutocráticas y aristocráticas, se propusieron, y lograron, arrebatarse el poder a la mesocracia y fincarlo en las clases ricas [*El verdadero Díaz*].

Y antes que Bulnes, don Ignacio Ramírez, uno de los cerebros más poderosos de la Reforma en México, ya vislumbraba los pro-



blemas económicos, entre sus exaltaciones todavía caldeadas por el jacobinismo:

La España perdió sus colonias porque no quiso tener en ellas sino recaudadores, sacerdotes y mineros. Naciones más industriosas también han desaparecido por haber concentrado sus esfuerzos en la explotación de un aislado monopolio. No puede impunemente una sociedad ser sólo transportadora de efectos ajenos, sólo productora de trigos o sólo productora de metales preciosos. Ante las ruinas de Babilonia, Nínive, Troya, Atenas, Alejandría y Cartago; ante la resurrección del canal de Suez; ante la humillación de los venecianos, de los portugueses, de los españoles, admirando a esa China crisófaga, devoradora de oro sin producirlo, grabemos en nuestra inteligencia esta salvadora verdad: en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera una cuestión económico-política.

13

Lo que provoca la lucha de clases es el fenómeno más complicado y más profundamente arraigado en la vida afectiva, que la psicología moderna llama un complejo de inferioridad social. El hombre primitivo, forzado a luchar con los animales o con otros hombres, obedecía al hambre u otro móvil de carácter físico; nuestro contemporáneo intelectualizado, por el contrario, no lucha —trátase de una competencia mercantil o una discusión— sino movido por el sentimiento de autovaloración que nace en él gracias a la representación de un riesgo o un perjuicio vencidos. Las satisfacciones del amor propio, en formas diversas de “voluntad de poder”, placer del riesgo, deseo de la voluntad, etcétera, constituyen un móvil de actividad tan importante como el instinto adquisitivo. El instinto sexual del hombre no intelectualizado sólo busca satisfacciones de carácter físico; pero a medida que en él se desarrolla la conciencia del yo, ese instinto se completa con móviles del instinto de autovaloración, llegando algunas veces, como en el amor romántico, a buscar sobre todo las satisfacciones del amor propio (Henri de Man).

Y hasta el factor moral aparece al fin de la causalidad económica como el resultado del desequilibrio de clases. El sentimiento de justicia se rebela contra las consecuencias de un exceso de

poder social que no corresponde a la antigua responsabilidad de las clases directoras ante la colectividad.

Los pueblos, dice Marañón, necesitan de vez en cuando rejuvenecerse, limpiándose del exceso de reliquias, y éste es uno de los aspectos de las revoluciones. Pero, sobre todo, en su aspecto biológico, las renovaciones sociales aparecen como un constante proceso de asimilación y de eliminación. Esta rebeldía instintiva procede de un sentimiento de justicia, más que de un instinto de adquisición. Por ejemplo, antiguamente, la autoridad del señor feudal y del maestro artesano se refrenaba y justificaba con la responsabilidad correspondiente; todo el sistema social se basaba en la responsabilidad caritativa de los privilegios respecto de los desheredados. Y lo mismo puede decirse más tarde de la nobleza, de la Iglesia y de la burguesía.

## 14

Ampliando así generosamente los conceptos, sin propósito de actualismo o de sectarismo, parecidos antecedentes pueden hallarse desde los orígenes del cristianismo. Es claro que la investigación en este sentido apenas se ha intentado, por el deslumbramiento secular que produce la estructura superior de la teología cristiana y católica. Pero ya se encuentran, aun en escritores perfectamente ortodoxos como el R. P. Grandmaison, indicaciones que tienen carácter revelador.

Ya estamos muy lejos de los puros arrebatos místicos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa. En la obra de Grandmaison, titulada *Jesucristo, su persona, su mensaje y sus pruebas*, se usa la forma expositiva y crítica de la historia moderna. Se estudian los orígenes y las fuentes de información, se aquilatan los documentos, las tradiciones y “la economía” del mensaje de Jesús, y se analiza el medio social y político donde comenzó a propagarse el Evangelio. Y se presenta al Mesías como una “figura popular, que conmovía todo lo que un israelita juzgaba como sagrado: la ley, la ciudad de David, el templo —el orgullo de raza, el espíritu de lucro, el instinto de justicia y el resentimiento contra el yugo extranjero—”.

Y esos sedimentos de importancia social, económica y política,

sobre los cuales se levantaría más tarde la prodigiosa edificación espiritual, se acusan más netamente al descubrir en los enemigos de Jesús a las castas privilegiadas, a los fariseos y los escribas, que se indignaban contra el Profeta porque tenía la pretensión de separar la Ley de Dios de las tradiciones humanas en que los “puros” (los “separados”, los fariseos, los ricos, los dueños del poder y de la ley) querían encerrarla, y dirigir su llamamiento a todos los hombres de buena voluntad, aunque no tuvieran cultura legal, aunque fueran pecadores y no israelitas de raza.

En el mundo judío de entonces, expresa Grandmaison, había como en todas partes pobres y ricos. Los fariseos eran de las familias sacerdotales, especializados en la interpretación de la Ley y formaban con los partidarios de Herodes y todos los protegidos por la dominación romana el conjunto de resistencia frente a las incitaciones de Juan *el Bautista* y Jesús de Nazareth. El Evangelio atacaba el régimen farisaico al atraerse a los dispersos, a los artesanos, a los pescadores, publicanos y vagabundos.

Los fariseos se amurallaban dentro de la interpretación estricta, literal y exclusiva de la Ley, en las prohibiciones matrimoniales y la pureza de estirpe, como un verdadero grupo aristocrático. Por eso la esperanza en el Mesías significaba para muchos oprimidos o descontentos confusión de anhelos materiales y espirituales que se definían en la fórmula eterna: hambre y sed de justicia.

Esta aproximación no es aventurada ni arbitraria. En la misma obra de Grandmaison pueden leerse estas líneas bien significativas: “¿Qué pensamientos, qué esperanzas, qué sueños engendraba en el alma de los oyentes de Jesús el tema de sus primeros discursos: Haced penitencia, porque el reino de los cielos está próximo?” Este reino de los cielos era esperado por todos los israelitas fervientes, y hasta los judíos, impregnados de preocupaciones profanas, o los gentiles, acampados en Judea, algo habían oído hablar de ello. Pero como todas las fórmulas de este género que son a la vez programas de acción y de ideales, la promesa del reino de los cielos sugería visiones diversas con orientación común. El “gobierno de las luces” en el siglo XVIII, el advenimiento de la Democracia en el XIX, la “dictadura del proletariado en el XX, son otras tantas fórmulas impresionantes que envuelven realidades muy diferentes para aquellos mismos que las aceptan de buena fe...”

Y la “dictadura del proletariado” es la derivación política, la fórmula extremista y radical de la lucha de clases, por transformación de las ideas filosóficas y las doctrinas sociales y económicas en armas para la conquista y la conservación del poder.

## 15

En resumen, la labor principal de Marx consistió en demostrar que el interés de clase del proletariado nacía del antagonismo de intereses que oponen los vendedores de la fuerza del trabajo productores de la plusvalía, a los que comprenden esa fuerza y gozan de la plusvalía. Como todos los sabios preocupados de la filosofía de la historia previó muchas cosas, aunque se equivocara en otras. Donde vio tendencias de evolución real, que en su tiempo se hallaban ya en camino de realización, previó, mediante una sencilla prolongación de la línea de la evolución, muchos fenómenos que el porvenir confirmó como “tendencias generales de la evolución”: la concentración capitalista, el aumento del proletariado, el progreso de su conciencia de la clase y de su poder político, etcétera.

Pero los principios marxistas que se refieren más directamente a la historia son: la transformación del concepto de trabajo, como creador y medida de riqueza y no como pura mercancía, la relación entre la lucha de clases y las revoluciones y el carácter expropiador de las deudas de Estado, el régimen colonial, los errores fiscales y las guerras comerciales.

Los conceptos que siguen parecen formulados para explicar gran parte de la historia moderna de México:

El sistema de las deudas públicas, cuya aplicación, iniciada en la Edad Veneciana y Génova, invadió definitivamente a Europa durante la época manufacturera. La deuda pública, de otro modo, la enajenación del Estado, sea éste despótico, constitucional o republicano, es lo que da carácter a la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que entra efectivamente en la posesión colectiva de los pueblos modernos es su deuda pública. La deuda pública obra como uno de los agentes más enérgicos de la acumulación primitiva. Con facilidad mágica dota al dinero de la virtud procreadora, transformándolo de este modo

en capital, y sin que por esto se halle expuesto a sufrir los riesgos inesperables de su empleo industrial y aun de la usura privada.

Los que prestan al Estado no dan nada, pues su capital, transformado en efectos públicos de fácil circulación, continúa funcionando entre sus manos como si fuese numerario. Pero dejando a un lado la clase de rentistas ociosos creada de este modo y la fortuna improvisada de los hacendistas intermediarios entre el gobierno y la nación, la deuda pública ha dado impulso a las sociedades por acciones, al comercio de toda clase de papeles negociables, a las operaciones dudosas, al agiotaje [*sic*], en suma, a los juegos de bolsa y a la soberanía moderna de la banca.

Como la deuda pública está basada sobre la renta pública, la cual tiene que satisfacer los intereses anuales de aquélla, el sistema moderno de las contribuciones es la consecuencia obligada de los empréstitos nacionales. Los empréstitos, que permiten a los gobiernos atender a los gastos extraordinarios sin que los contribuyentes se resientan de ellos inmediatamente, producen al cabo una elevación en las contribuciones; por otra parte, el recargo de impuestos, causado por la acumulación de las deudas sucesivamente contraídas, obliga a los gobiernos, en caso de nuevos gastos extraordinarios, a recurrir a nuevos empréstitos. El sistema fiscal moderno, que descansa ante todo sobre la contribución de los artículos de primera necesidad y produce, por lo tanto, la elevación de su precio, se ve arrastrado por su propio mecanismo y se hace cada vez más pesado e insoportable. El recargo excesivo de las cuotas es el principio, no un incidente, de dicho sistema, el cual ejerce una acción expropiadora sobre el labrador, el artesano y demás elementos de la clase media.

El régimen capitalista brota de una subversión radical del viejo sistema de producción y de las relaciones sociales antiguas. Esta subversión ocurre en distintas épocas, según los diversos países. En Inglaterra, el moderno sistema capitalista surge antes que en los demás pueblos y cobra formas más violentas que en parte alguna. La gran industria capitalista se desarrolla en Inglaterra ya a fines del siglo XVIII: la máquina empieza a triunfar sobre la

mano de obra, la agricultura va cediendo terreno a la industria, se forma una clase de proletarios, brotan ciudades nuevas y grandes y se crean nuevos medios de comunicaciones.

Mas no se crea que este proceso de acumulación originaria fue ningún proceso evolutivo liso, pacífico y puramente económico, como lo presentan la mayoría de los historiadores burgueses. Nada de eso. Los orígenes del capitalismo fueron obra de una revolución social, “la revolución más sangrienta que conoce la historia humana”.

## 17

Estudiando la significación de la conquista y saqueo de las colonias en la acumulación originaria del capital, escribe Marx:

El descubrimiento de las tierras auríferas y argentíferas de América, la exterminación, el esclavizamiento y enterramiento de la población nativa en las minas, los comienzos de la conquista y saqueo de las Indias orientales, la transformación de África en un cercado de batida comercial contra los negros, tales son los destellos que marcan la aurora de la era capitalista de producción. Estos procesos idílicos son otros tantos jalones cardinales de la acumulación originaria... En Inglaterra se compendian todos sistemáticamente, a fines del siglo XVIII, en el sistema colonial, en el sistema de la deuda pública, en el sistema fiscal moderno y en el sistema de protección. (Llámase “sistema de protección” al conjunto de medidas dictadas por el gobierno para proteger al capitalismo incipiente.) Estos métodos descansan, no pocas veces, como ocurre con el sistema colonial, en la fuerza bruta. Pero todos ellos se sirven del poder público, del poder concentrado y organizado de la sociedad, para fomentar intensivamente el proceso de transformación del régimen de producción feudal en el régimen capitalista y acortar los periodos de transición.

Werner Sombart se ve obligado a reconocer que el capitalismo pudo instaurarse en el occidente de Europa a fuerza de saquear las tres cuartas partes del mundo.

## 18

La desaparición de la clase de los “labriegos de posición media”, su expropiación violenta, imprime, por tanto, gran impulso y





fortalecimiento al mercado interior, a la par que provoca una demanda en masa de mercancías, contribuyendo así a desarrollar la división del trabajo y preparando el triunfo de la gran industria y de la técnica maquinista. Fruto de todos estos procesos es el gran incremento que toma el comercio de exportación y la importancia que adquieren los mercados exteriores.

La revolución operada en el campo de la técnica —toda una serie de inventos en los ramos de hilados y tejidos, y, sobre todo, la invención de la máquina de vapor— determinó el tránsito a la producción por medio de máquinas.

Los historiadores burgueses ven en los inventos de la obra causal de personalidades aisladas dotadas de gran talento, de genios individuales. No hay tal cosa. Los inventos brotan casi siempre por imperio de la necesidad económica y social.

19

En Europa había, en los siglos *xvi* y *xvii*, países mucho más ricos que Inglaterra, que además abrazó la senda de la política colonial cuando ya se le habían adelantado otras naciones europeas; España y Portugal, por ejemplo, fueron, durante los siglos *xvi* y *xvii*, formidables potencias coloniales. ¿Por qué, entonces, no surgió la revolución industrial dentro de sus fronteras? La razón de esto está en que el desarrollo del comercio colonial y del capital comercial no basta para que se forme el capitalismo industrial.

Las colonias no contribuyen siempre al desarrollo capitalista de la metrópoli. El incremento del capital comercial puede socavar el viejo régimen de producción, pero no basta para crear un régimen nuevo. El sistema económico concreto que surja bajo la influencia del capital comercial depende del régimen de producción existente en el momento en que ese capital comercial se forma. Así, por ejemplo, las formidables riquezas coloniales de España embarazaron su desarrollo capitalista, pues no hicieron más que consolidar el régimen feudal, que en rigor ya se había sobrevivido. Las grandes riquezas de las colonias españolas y portuguesas no sirvieron más que para alimentar al feudalismo, a la monarquía, a la Iglesia católica, a toda la burocracia feudal del Estado que mantenía contacto con las colonias. Los elemen-

tos feudales españoles dieron, a las grandes facilidades que para enriquecerse les brindaban las colonias, preferencia sobre el desarrollo de la economía de su país, considerando el trabajo productivo como ocupación digna de desprecio. En una palabra, el incremento del capital comercial condujo en España, por paradójico que esto parezca, al fortalecimiento del feudalismo agonizante y no a la creación de un orden nuevo, del orden capitalista. Otro ejemplo nos lo ofrece Holanda. Holanda fue el país que heredó el puesto de primera potencia colonial, al sobrevenir la decadencia de España y Portugal como potencias coloniales y comerciales. Añádase que, en sus comienzos, la política colonial holandesa fue estrechamente unida al desarrollo de la manufactura dentro del país. Pues bien, a pesar de esto, Holanda no experimentó una revolución industrial. ¿Por qué? Porque la política colonial holandesa perdió en seguida su enlace con la primitiva base de producción. A la rica Holanda le parecieron más beneficiosos el mero papel comercial de intermediario y la usura. De aquí que el desarrollo sustantivo y unilateral del capital comercial holandés no coincidiese con el desarrollo de su producción capitalista, sino, por el contrario, se alzase ante ella como un obstáculo.

## 20

No deben perderse de vista, además, las condiciones geográficas. La situación insular de Inglaterra, las condiciones propicias de su línea costera, el clima moderado, las fáciles comunicaciones en el interior del país y, finalmente, los yacimientos de carbón y de hierro descubiertos en su territorio antes que en ningún otro país: todo contribuía a fomentar notablemente el desarrollo económico de Inglaterra. Estas ventajas naturales favorecieron también, evidentemente, la supremacía puramente militar de este pueblo. Al derrumbarse el imperio colonial italiano y el de España y Portugal, y al desarrollarse la importancia marítima de Francia y Holanda, la situación de Inglaterra se vio extraordinariamente favorecida, dominando como dominaba las rutas marítimas de los puertos de sus competidores, Holanda y Francia. Inexpugnable por tierra, no necesitaba, a diferencia de estos dos países, invertir grandes sumas en sostener un ejército, y esto per-

mitiale concentrar todas sus fuerzas en la creación de una flota potente, que es el arma militar y comercial más eficaz para toda política colonial.

## 21

En resumen, quitando al marxismo el carácter de dogma o de tabú que se le atribuye alternativamente desde los campos extremistas —extrema derecha o senilidad y extrema izquierda o infantilismo— se le devuelve su sentido humano. En primer lugar, se define la distinción entre la doctrina de combate, de partido y de pura política, y la doctrina que tiene por objeto explicar la historia de la humanidad. Después, se insiste sobre su esencia intelectual, porque no es obra limitada y aislada de un solo hombre. Marx, como se ha dicho con frecuencia, agregó la filosofía alemana al idealismo francés y a la sabiduría práctica de Inglaterra, es decir, aprovechó las múltiples corrientes de la economía política clásica, del enciclopedismo francés, de la filosofía de Kant y Hegel, y del socialismo utópico de ascendencia cristiana primitiva, para intentar por medios eclécticos una síntesis genial. Negarla simplemente o tomarla con ceguera de sectario, creer que ya murió o que es obra perfecta, es ofender a la cultura del mundo moderno. Lo racional es reconocer sus antecedentes y sus consecuentes, entroncarla con la vida anterior y posterior, sujetarla a rectificación, depuración y deslinde, y comprenderla en su evolución, aunque sea envuelta por las enseñanzas nuevas de la realidad experimentada y de las nuevas doctrinas. Así pierde el edificio marxista tal vez su carácter dramático, y su solidez aparente, pero también pierde ángulos agresivos, escorias y asperezas. Y a pesar de todas las rectificaciones y limitaciones, puede ganar en vitalidad y servir para la complicada empresa *de reconstrucción y la verdadera paz del mundo*.

## XI

*Freud: los impulsos reprimidos y las simulaciones*

## 1

Las doctrinas de Sigmund Freud, desde el punto de vista histórico, apuntan la significación de los impulsos reprimidos y la in-

interpretación psicológica de la historia, de consecuencias apenas esbozadas, pero con perspectivas infinitas. Entre otras cosas, del mismo modo que, en la vida privada, hacemos una distinción entre lo que el hombre dice y piensa acerca de sí, lo que es y lo que hace realmente, así también, y con mayor motivo, debemos, cuando se trata de luchas históricas, establecer una distinción entre las fases y las construcciones ideológicas de los partidos, su organismo real y sus intereses reales.

Las ideas que llevan el nombre de Freud han corrido suerte semejante a las que se incubaron bajo los signos de Spengler, Bergson o Marx: no son íntegramente nuevas ni íntegramente exactas. Han evolucionado y revolucionado. El freudismo inicial queda casi como terapéutica que sólo tuvo instantes de apogeo por curiosidad morbosa y ansias de neuróticos. Pero el freudismo transformado, hasta llegar a la metapsicología, la psicología del inconsciente y el inconsciente colectivo, abre nuevas rutas en el arte y en la ciencia.

## 2

La influencia de la "libido", que fue como monomanía para Freud y sus discípulos ortodoxos, se estudia en el conjunto de los instintos fundamentales que incluyen, con el apetito erótico, los deseos primordiales de nutrición, de conservación y de gregarismo. Las confusiones de impulsos reprimidos, desde la lactancia hasta el canibalismo, se hacen más complicadas todavía al desarrollarse en psicoanálisis de las masas y de las corporaciones.

El complejo de Edipo puede ser también el complejo de Otelo, de don Quijote o de don Juan. La historia se despliega en maravillosos horizontes originales. Las naciones engendradas por el ímpetu vital español en América, proyectado sobre la materia y las razas adheridas al suelo de esta parte del mundo, pueden realmente investigar su oscura psicología como si estuvieran frente a la Esfinge. El complejo de Edipo, sublimado y acentuado, podría estudiarse en la vida de nuestros pueblos que han tenido tierra maternal en América y sangre paterna por su linaje europeo. Y la psicología de don Juan y de don Quijote en conquistadores y misioneros.



3

Sobre el freudismo relacionado con la historia, expone Max Eastman lo que sigue:

La importancia terapéutica del hecho según el cual los estados mentales inconscientes son, en ciertas condiciones, susceptibles de *volverse conscientes*, es el descubrimiento esencial de Sigmundo Freud, en la esfera de las enfermedades mentales y nerviosas funcionales. Según Freud, estas enfermedades son engendradas por conflictos surgidos entre diferentes motivos poderosos de nuestra naturaleza, relacionándose muy a menudo los motivos sexuales con el egoísmo primitivo, de una parte, y con los motivos dictados por nuestra conciencia social, de otra.

4

Y el tratamiento freudiano, el psicoanálisis, consiste en un esfuerzo variado y prolongado, pero en el fondo muy simple y natural, para que el enfermo adquiriera la conciencia de sus deseos reales. En ausencia de un esfuerzo preciso en sentido contrario, debemos suponer que cada uno de nuestros pensamientos es un medio disimulado con ayuda del cual tratamos de realizar ciertos fines de los que no tenemos conciencia.

5

La obra realizada por Darwin ha consistido en proscribir de la biología toda consideración moral y religiosa, en asentar el hecho de la evolución sobre una base científica, y en formular el principio esencial en el cual deben inspirarse las investigaciones orientadas hacia los hechos concretos. Marx hizo aproximadamente lo mismo en la ciencia general de la historia. Substituyó las parrafadas elocuentes inspiradas en la moral, en la religión, en la poesía y en el patriotismo, por un principio de explicación realista que no tardó en convertirse en un principio director para todos los espíritus amantes de la investigación libre, y estableció, o por lo menos subrayó por primera vez el hecho de que no solamente evolucionan las formas políticas, sino también la estructura económica de la sociedad.

## 6

Si se quiere llegar a una definición adecuada de la ideología, comprender en qué sentido difiere de la ciencia, y asegurarse de que esta distinción entre la ciencia y la ideología forma la esencia misma de la sabiduría histórica de Marx, basta renunciar a los misterios y a los restos de misterios e introducir en el marxismo los simples rudimentos de una verdadera ciencia del pensamiento. Esta distinción constituye una de las intuiciones más profundas y más vastas que un hombre de genio haya concebido nunca. La vida está hecha de impulsiones, y el pensamiento no es más que una definición de las impulsiones y de los medios de satisfacerlas. Pero en la vida de las sociedades humanas las impulsiones más fuertes y más universales se disimulan detrás de una cierta norma de idealidad y respetable virtud.

## 7

Los hombres se imaginan que defienden y persiguen objetivos tales como la libertad, la igualdad, la fraternidad, cuando en realidad, como dice Marx con razón, se interesan por la infantería, la caballería, la artillería. Su objetivo consiste en defender su situación privilegiada dentro de una clase que, en sus motivaciones inconscientes, no se preocupan de lo más mínimo del mundo de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad. Es esto lo que constituye una ideología.

Ahora bien; es evidente que la mayor parte de lo que se ha escrito sobre la historia, la mayoría de las teorías políticas y sociológicas formuladas con anterioridad a la época de Marx, han sido deformadas por ese pensamiento ideológico de gentes que obedecían inconscientemente a sus intereses de clase.

Para curar los trastornos individuales, el psicoanalista presta una atención particular a las deformaciones de la conciencia producidas por los móviles sexuales comprimidos. El marxista, que trata de curar los trastornos de la sociedad, presta una atención particular a las deformaciones engendradas por el hambre y el egoísmo.



El vocablo *ideología* es simplemente un nombre que sirve para designar las deformaciones del pensamiento social y político producidas por los móviles comprimidos. Este vocablo traduce la idea de los freudianos, cuando hablan de *racionalización*, de *substitución*, de *traspaso*, de *desplazamiento*, de *sublimación*. La interpretación económica de la historia no es más que un psicoanálisis generalizado del espíritu social y político. De ello tenemos una prueba en la resistencia espasmódica e irrazonada que opone el paciente. La diagnosis marxista es considerada como un ultraje más bien que como una constatación científica. En vez de ser acogida con espíritu crítico, verdaderamente comprensivo, tropieza con racionalizaciones y "reacciones de defensa" del carácter más violento e infantil.

En su libro sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en el cual aplica su teoría a un hecho histórico concreto, Marx habla constantemente de los "intereses" de clases y de partidos. Interpreta sus ideas políticas considerándolas, no como reflejos inconscientes de su situación económica, sino como un plan inconscientemente concebido en vista de la realización de sus deseos económicos.

Esto podría llamarse combinación de Freud y de Marx.

XII

*La interpretación biológica*

1

Desde hace tiempo, dice Spengler, se aspira a una interpretación histórica de la historia. Durante el siglo XIX se seguía una propensión inversa: parecía obligatorio deducir lo histórico de lo que no es histórico. Así Hegel describe el desarrollo de los sucesos humanos como resultado automático de la dialéctica abstracta de los conceptos; Buckle, Taine, Ratzel, derivan la historia de la geografía; Chamberlain, de la antropología; Marx, de la economía; Engels, de la mecánica.

Y aun podemos aumentar la serie. Para Heródoto la historia es una bella narración. Para Bossuet, el factor histórico esencial

es la Providencia. Los volterianos ponen a la casualidad en el lugar de Dios. Vico trata el conocimiento histórico como astronomía y Huxley como química. Gracián, Carlyle y Emerson sobrestiman el factor individual y atribuyen la dirección de la historia al genio y al héroe. Gobineau encuentra la clave histórica en las diferencias de razas. Tarde en las leyes de la imitación y Le Bon en la psicología de las multitudes. En cambio, el mismo Spengler deriva la historia del desarrollo cíclico de las culturas, consideradas como organismos comunicados.

## 2

En realidad, esto es solamente un procedimiento de simplificación, porque ningún creador o inventor de sistemas llega al extremo de forjar sus doctrinas como normas de hierro y en moldes estrictamente cerrados. Por ejemplo, Emerson es tenido como sacerdote máximo del héroe hacedor de la historia. Pero es el propio Emerson quien agrega:

junto a la historia civil y metafísica del hombre, otra historia se desarrolla, la del mundo exterior, en la cual el hombre no está menos complicado. El hombre es un compendio del tiempo, pero también es correlativo de la naturaleza. Su poder consiste en la multitud de sus afinidades, en el hecho de que su vida está entrelazada con todo el conjunto de los seres orgánicos e inorgánicos. El hombre es un haz de relaciones, un nudo de raíces... [o condensación de influencias sociales, como dice Bujarin.]

Debemos aprovechar las doctrinas históricas no como dogmas ni sistemas escolásticos, sino como elementos de un método o como testimonios parciales que producen evidencia en aquello que puede deducirse de todos ellos de manera uniforme, por un esfuerzo de selección y de síntesis para llegar así a la raíz de la vida, al concepto biológico.

Cada filosofía de la historia, lo mismo que cada filosofía, tiene mucho de personal y biográfico. Hemos anotado solamente las interpretaciones que por sí mismas son factores históricos, es decir, con influencia en la vida. Si nos dejamos llevar por una sola



de ellas, correríamos el riesgo de adoptar una posición parcial, unilateral y limitada. Las órbitas astrales de Vico, lo mismo que los paralelogramos de Engels y los círculos de Spengler, tienen más bien valor de alegorías, metáforas o simbolismos sugerentes. La relatividad de Einstein y la complicación de la vida transforman las líneas geométricas más rigurosas en una superposición de curvas y de planos donde la inteli...\*

La vida no tiene un ritmo que puede medirse por números humanos. Los círculos de Vico o de Spengler, por influjo del genio de Einstein, pueden convertirse en espirales infinitas, como la órbita lunar trazada imaginariamente en el espacio, o en un delirio de parábolas irregulares.

## 3

Hegel señala ya en su *Filosofía de la historia* el papel importante de la “base geográfica de la historia universal”. Pero como, según él, la causa de toda evolución es, en fin de cuentas, la Idea, y como no recurría a la *explicación materialista de los fenómenos* sino de pasada y en casos de secundaria importancia, su concepción extremadamente justa sobre la importancia histórica del medio geográfico no podía conducirle a las fecundas conclusiones que de ella se desprenden. Ellas no han podido ser establecidas en toda su amplitud sino por el materialista Marx. Anotaremos lo que nos toca más de cerca.

## 4

Las propiedades del medio geográfico determinan tanto el carácter de los productos de la naturaleza que sirven a las necesidades del hombre, como los objetos que este mismo produce con el mismo fin. En donde no existieron metales, las tribus aborígenes no pudieron pasar, con sus propios medios, de los límites de lo que llamamos la “edad de piedra”. Asimismo, para que los *pesca-dores y cazadores primitivos* pudieran pasar a la *crianza de ganado*

\* En el original se interrumpe la línea y continúa el párrafo siguiente, por evidente error tipográfico. Cf. p. 54 de la edición en uso.

*y a la agricultura*, eran necesarias condiciones geográficas apropiadas, es decir, una flora y una fauna correspondientes. L. G. Morgan hace notar que, en el hemisferio occidental, la ausencia de animales susceptibles de ser domesticados, así como las diferencias que existen entre las floras de los dos hemisferios, explican el recorrido muy diferente de la evolución social de sus habitantes.

Waitz dice, a propósito de los pieles rojas de la América del Norte: “Entre ellos hay ausencia completa de animales domésticos. Este hecho es muy importante, porque constituye la razón principal que los mantiene en un bajo nivel de desenvolvimiento”.

## 5

Desde los grados más bajos de la evolución humana, las tribus entran en relación unas con otras, cambiando entre ellas algunos de sus productos. Ello tiene por resultado ampliar los límites del medio geográfico, el cual influye, a su vez, sobre el desarrollo de las fuerzas productivas de cada una de estas tribus, acelerando así la marcha de este desarrollo. Como se comprende, la facilidad más o menos grande, con que parecidas relaciones se realizan y se desarrollan depende de las propiedades del medio geográfico. Hegel decía ya que los mares y los ríos aproximan a los hombres cuando el desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado ya un nivel relativamente elevado. Cuando este nivel es bajo, el mar —como lo ha dicho tan justamente Ratzel— *obstaculiza* frecuentemente las relaciones entre las razas que separa.

## 6

No es la fertilidad absoluta del suelo —dice Marx— sino la diferenciación de este último, la variedad de sus productos naturales, las que constituyen la base natural de la división social del trabajo y las que empujan al hombre, en virtud de la variedad de las condiciones naturales en medio de las cuales vive, a variar sus necesidades y capacidades, sus medios y modos de producción.

Casi en los mismos términos que Marx, Ratzel dice: “Lo que importa, sobre todo, no es una mayor facilidad para procurarse

el alimento, sino que ciertas inclinaciones, ciertas costumbres y, finalmente, ciertas necesidades sean despertadas en el hombre mismo". Así, pues, las propiedades del medio geográfico determinan el desarrollo de las fuerzas económicas, y con ellas el de todas las otras relaciones sociales. Marx explica esto en los siguientes términos: "Las relaciones sociales que los productores contraen entre sí, las condiciones de su actividad recíproca y su participación en el conjunto de la producción difieren igualmente según el carácter de las fuerzas productivas".

## 7

Los masai, en África oriental, matan a sus prisioneros, porque —como dice Ratzel— este pueblo de pastores no tiene todavía la *posibilidad técnica* de extraer provecho de su trabajo de esclavos. Pero los wakamba, que son *agricultores*, y que viven en la vecindad de los *pastores*, tienen el medio de explotar este trabajo, y por eso dejan con vida a sus prisioneros, *a quienes hacen esclavos*. La aparición de la esclavitud supone de este modo el hecho de que las fuerzas sociales han alcanzado un grado de desarrollo que permite *explotar* el trabajo de los cautivos.

La esclavitud es una *relación de producción* cuya aparición señala el comienzo de la división en *clases* en una sociedad que no conocía hasta entonces otras divisiones que las que correspondían al *sexo* y a la *edad*.

## 8

Sabemos ahora que el desarrollo de las fuerzas productivas, que, en definitiva, determina el de todas las relaciones sociales, depende de las *propiedades del medio geográfico*. Pero, una vez que ciertas relaciones sociales han surgido, *ejercen, a su vez, una gran influencia sobre el desarrollo de las fuerzas productivas*. De manera que *lo que primitivamente es una consecuencia se convierte, a su turno, en una causa*; entre la evolución de las fuerzas productivas y el régimen social se producen una *acción y una reacción recíprocas*, que toman, en diferentes épocas, las formas más variadas.

Ratzel considera como probable que en Nueva Zelanda las

guerras entre los indígenas no tuvieran otro móvil que el deseo de regalarse de carne humana. Mas tal inclinación marcada de los indígenas a la antropofagia se *explica* por la pobreza de la fauna neozelandesa.

Todos saben que la marcha de una guerra depende del armamento de las partes beligerantes. Pero el armamento se encuentra determinado por el estado de sus fuerzas productivas, por su economía y las relaciones sociales que se han constituido sobre la base de esta economía.

## 9

Decir que tales pueblos o tribus han sido *conquistados* por otros pueblos no es, sin embargo, explicar por qué las repercusiones sociales de su servidumbre han sido precisamente éstas y no otras. Las consecuencias sociales de la conquista de las Galias por los romanos no fueron, en modo alguno, las mismas que las de la conquista del mismo país por los germanos. Las consecuencias sociales de la conquista de Inglaterra por los normandos no fueron las mismas que las que trajo consigo la de la Rusia por los mongoles. En todos estos casos la diferencia fue determinada, en último análisis, por la que existía entre el *régimen económico* de la sociedad sometida y la de la sociedad que la había conquistado.

## 10

El medio geográfico ejerce una gran influencia, no solamente sobre las tribus primitivas, sino también sobre lo que se llama *pueblos civilizados*. Marx dice:

La necesidad de establecer un control social sobre determinada fuerza natural, de explotarla de una manera económica, de captarla, primero, y de dominarla, después, por medio de obras considerables, elevadas por el esfuerzo humano organizado, desempeña un papel muy importante en la historia de la industria. Tal fue el significado de la reglamentación de las aguas en Egipto, en la Lombardía, los Países Bajos, Persia y las Indias, donde la irrigación por medio de canales artificiales trae al suelo no solamente el agua indispensable, sino también, y al mismo tiempo, con el limo de ésta arrastra el abono mineral de las



montañas. El secreto del desarrollo de la industria en España y en Sicilia, bajo la dominación árabe, residía en la canalización.

Y el medio geográfico actúa sobre el hombre *por intermedio de las relaciones de producción* que nacen en un medio determinado, sobre la base de fuerzas de producción determinadas, cuya primera condición de desarrollo está precisamente *representada por las propiedades de dicho medio*.

La influencia del medio geográfico sobre el hombre social representa una *cantidad variable*. La evolución de las fuerzas productivas, condicionada por las propiedades de este medio, aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza y, por ende, crea una relación nueva entre el hombre y el medio geográfico ambiente.

11

La llamada interpretación materialista de la historia vino a corregir dos defectos principales de las teorías históricas primitivas. En primer lugar, se estudiaba de preferencia el motivo ideológico o idealista de la actividad humana, sin buscar el origen o la causa anterior de tal actividad, ni sus relaciones y desarrollo de acuerdo con las instituciones sociales y la producción de los elementos necesarios para la vida. En segundo lugar, se ignoraba o se descuidaba la actividad de las masas, sus condiciones de vida y su participación en las funciones sociales. Sólo se presentaban hechos desnudos, sin ilación, o aspectos parciales, incompletos, o sin movimiento. Las teorías de orientación llamada materialista o marxista procuran examinar la totalidad de las fuerzas históricas y, especialmente, las tendencias en lucha o en contradicción, llegando hasta la raíz de las fuerzas materiales de producción económica y organización social. Y la evolución científica de tales teorías en dirección progresista y dialéctica lleva más profundamente aún a las fuentes donde se prepara el proceso vital y se elabora la savia que después nutre a las plantas por conducto de las raíces.

12

Las dos corrientes más poderosas del siglo XIX fueron coronadas por las ciencias naturales con el darwinismo y las ciencias econó-

micas con el socialismo. ¿En qué posición deja a estas dos fortalezas del siglo pasado la ciencia de hoy?

El libro de Jacob von Uexkull, *Ideas para una concepción biológica del mundo*, marca de modo plenario la realización de una de las tendencias más características de las ideas que podemos llamar “siglo xx”, o sea la elevación cenital de las ciencias naturales que pretenden informar casi todas las esferas del conocimiento, y, especialmente, lo que se había llamado ciencia social.

Debe advertirse que, al tomar como punto de referencia las *Ideas para una concepción biológica del mundo*, no es porque Von Uexkull tenga la más alta representación de la biología moderna. Detrás de Von Uexkull están los investigadores y sabios que han hecho la obra de fondo, pero que tal vez se habrían quedado rezagados o con menos influencia si no tuvieran un intérprete elocuente. Las voces de Von Baer, Driesch, Mendel, Jennings, De Vries; se deben escuchar respetuosamente a través de Von Uexkull.

Así como Werner Sombart encuentra la superposición de sistemas económicos en mezclas, estructuras o combinaciones sucesivas, pero no total eliminación de un régimen por otro, en la evolución del pensamiento científico se descubre un fenómeno semejante, pero infinitamente más delicado y complejo. Por eso hallamos que la interpretación providencial de la historia humana subsiste cambiando términos y llega hasta la “regulación fisiológica” de Jennings o la “conformidad al plan y la coordinación biológica” de Von Uexkull.

### 13

Y no es que la primera ni la última sean verdaderas o falsas en sentido absoluto. De un modo indirecto, la relatividad se impone sobre todas las nociones del conocimiento humano. O más bien dicho sobre la realidad de la vida misma. Por eso se reconoce que la misma filosofía escolástica, que hacía sonreír a los positivistas, cumplió su gran misión en el momento oportuno.

La escolástica de la Edad Media, dice Pierre Laserre, fue un eslabón necesario en la historia del espíritu, prolongación de la filosofía antigua y en gran parte preparación de la filosofía moderna, principalmente por haber creado un vocabulario abstracto de precisión admirable y por haber perfeccionado el arte del

razonamiento. Con ese vocabulario exacto y sólido y con la dialéctica, la filosofía moderna pudo desarrollar sus propias doctrinas. Y los artistas superiores tuvieron así un instrumento para sus creaciones de poesía mística y de arte clásico. Algo semejante puede decirse del positivismo.

14

Por su parte, Von Uexkull cree haber dispuesto definitivamente de Darwin, y, con mayor razón, de Spencer y Haeckel. Pero así como el marxismo no fue sepultado totalmente por los economistas clásicos ni por Spengler, los vitalistas tampoco acaban con Darwin. En primer lugar porque el combate científico no está rigurosamente saldado. Y luego, porque una doctrina no sólo vale por su exactitud científica, sino por su influencia en la vida y en el pensamiento. El darwinismo no queda aniquilado, porque todavía hay muchas gentes que creen en él. Por inercia o por obcecación, o por simulación que se convierte en autosugestión, se seguirá creyendo, por algún tiempo, en la selección natural de la lucha por la existencia y en las leyes de la evolución. Lo que hace la biología moderna con el darwinismo es ponerlo en segunda fila, dejándolo atrás como ideología conservadora o reaccionaria. Las doctrinas nuevas son la ideología de la revolución. Las doctrinas rezagadas son la doctrina de las clases conservadoras, que ayer fueron a su vez revolucionarias. Con Darwin y Spencer están los imperialismos, el dogma de la supervivencia del fuerte, la evolución espontánea y natural, el "natura non facit saltus". Con los renovadores está el "natura facit saltus" de De Vries y la supervivencia del marxismo, ampliado, ennoblecido, transformado por la nueva biología. Pero no debe desconocerse que así como hay una mística y una ideología revolucionarias, hay una mística y una ideología de la tendencia conservadora o contrarrevolucionaria.

15

Dice la nueva biología:

De Vries ha demostrado que algunas especies vegetales en un periodo de mutación producen repentinamente nuevos indivi-

duos cuya estructura se ha transformado hasta en lo más nimio. Estas experiencias, plenamente auténticas, han probado que pueden originarse nuevas especies por repentinos e inmediatos tránsitos. “Natura facit saltus” puede tenerse ahora como demostrado.

Driesch logró demostrar que la célula germinal no poseía ni huella de una estructura mecánica.

Cayó con ello el dogma: el ser vivo sólo es una máquina.

Jennings negó la existencia del reflejo de toda estructura en el sistema nervioso central. En lugar de la estructura mecánica puso la *regulación fisiológica*.

Lo esencial en el animal no es su forma, sino la transformación; no la estructura, sino el proceso vital. “El animal es un puro proceso.” Lo mismo puede decirse de una cultura que si no es un organismo, se parece mucho a un organismo.

Cada animal, sea sencillo o complicado, está acomodado a su mundo circundante con igual perfección. El mundo circundante de los animales sencillos, es sencillo, y el de los animales complejos, complejo. Mundo circundante y animal se condicionan mutuamente. Existen reunidos, y el uno sólo adquiere sentido por el otro. La piel del oso blanco sólo tiene sentido en la nieve de Groenlandia, y las patas saltadoras del canguro corresponden a las estepas de Australia.

Tan indisolublemente enlazada está, por acción recíproca, la amiba con la gota de agua, como la trucha con el río y el tiburón con el mar. Ninguna es mejor y ninguno peor.

Cada animal, cada planta, es sólo un fenómeno de la sustancia viviente. Y estos fenómenos forman en común el gran fenómeno total que llamamos Naturaleza.

La doctrina del medio geográfico de Taine se transforma en la idea del “mundo circundante”. Para Taine la geografía era como una esfinge fatal, por encima de la fuerza del hombre. El mundo circundante no es sólo un concepto objetivo sino también subjetivo. Los seres se acomodan al medio que les debe ser más favorable en vez de que siempre la tierra se imponga sobre los seres. Y aun el hombre puede cambiar su “mundo circundante”, ya sea modificando la propia condición o transformando las condiciones del suelo, como los holandeses luchando y triunfando contra el mar, o los españoles descubriendo el Nuevo Mundo, o los criollos de América cuando puedan suprimir las fiebres del





trópico y aumentar la fuerza motriz para mejorar la producción agrícola.

16

En la narración pura, sin motivos ni causalidad, el hombre parece un pelele grotesco, trágico, o cuando menos, personaje de una comedia universal. La interpretación teológica encuentra en Júpiter o Jehová el misterio de los hilos que mueven a los mortales. El materialista calcula como si tratara puras fuerzas físicas y químicas que mueven la maquinaria social. El marxista estricto, reduciendo a su apóstol al papel de un hombre de acción, un gran agitador o *meneur* de multitudes obreras, avanza con gesto radical hasta sostener la primacía del factor económico. Pero se detiene ahí. La biología supera al marxismo y a todas las interpretaciones unilaterales o parciales, porque las comprende a todas, limitándolas, reduciéndolas o ampliándolas. Donde los marxistas, llamados ortodoxos, sólo ven la lucha de la clase proletaria con la clase burguesa, como principio y fin del movimiento social, la interpretación biológica encuentra el descubrimiento genial de un fenómeno permanente; Sombart retrocedió hasta explorar los antecedentes inmediatos del capitalismo industrial moderno en el Estado, la Iglesia y los hombres de armas de la época feudal. La biología penetra hasta arrancar los mismos antecedentes desde el contraste entre la vida vegetativa y la vida animal. Los hombres o las tribus de tendencia sedentaria son los precursores de la burguesía, mientras que los hombres o las tribus errantes, nómadas, guerreras, con hambre y furor, son los antepasados del proletariado mundial. Los que comen demasiado y los que comen demasiado poco, según la fórmula en bruto.

Y estas indicaciones se pueden estimar mejor con ejemplos de nuestra historia hispánica.

XIII

*La decadencia del Imperio español*

1

Sin hablar de las interpretaciones teológicas o románticas o idealizadas, que pueden decirse ya agotadas por haber vivido su

ciclo, pero de todos modos aún inscritas en la memoria humana, podemos ver cómo se juzgan los hechos más importantes de la historia de España y de América.

El descubrimiento, conquista y colonización de América se presentan en su antiguo aspecto de lucha de razas, de pueblos o de gobiernos. El Estado y la Iglesia, como instituciones aliadas, realizaron la inmensa obra para suplantar en el Nuevo Mundo a los estados y a las iglesias en embrión que disfrutaban el privilegio de la explotación social.

En cambio, la interpretación biológica pretende avanzar más lejos aún. La conquista de América, incluyendo exploración previa y colonización posterior, es el trasplante de la cultura hispánica. Es el movimiento de expansión, de ascenso vital, de desbordamiento de energías.

## 2

La independencia de América no es nada más una crisis política ni solamente una lucha económica por eliminar al español (Estado e Iglesia) y substituirlo por el criollo. Es el fenómeno inverso de contracción, de desintegración o decadencia del Imperio hispánico, sometido a las múltiples presiones de las culturas externas, desbordantes a su vez de energía expansiva, al desgaste interior por el esfuerzo desplegado, y, sobre todo, al trabajo de adaptación que significa la influencia recíproca de la tierra sobre el hombre y al contrario, o sea, la estabilización del mundo circundante. Un rasgo revelador para la historia hispánica se descubre como un rayo de luz entre las sátiras de don Francisco de Quevedo. Este genio desorbitado y ambicioso de sabiduría, monumento vivo del estilo barroco español, entrevió en la obra de los holandeses uno de los grandes peligros para la vida económica de España. En *La hora de todos y la fortuna con seso* (párrafo xxviii), escribió estos renglones trascendentes:

Los holandeses... presumiendo de hijos primogénitos del Océano, se determinaron, escondiéndole en naves y poblándole de corsarios, a pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata a nuestras flotas como nuestras flotas van por él a las Indias... Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la



envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la monarquía de España.

Luego hace que un prudente cortesano aconseje al príncipe de Orange: “los glotones de provincias siempre han muerto de ahito: no hay peor repleción que la de dominios. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su Piedra del Paragón, verificándose en la monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso”.

Y la cita de Boccalini es justa: el peligro de España estaba en su propia fuerza, en su imperialismo, en la multitud de los pueblos que soportaban de mala gana el dominio exterior y orgulloso como todo desbordamiento de poder.

3

La llamada maldición del oro, que se ha tenido como una de las causas de la decadencia hispánica, debe estudiarse más de cerca. Efectivamente, España fue sólo un puente para conducir las riquezas del Nuevo Mundo hacia otros pueblos. Pero no fue un conducto gratuito. Las mercancías que llegaron a la península de todo el resto de Europa significaron trabajo de multitud de operarios. Y con esos elementos se pudo crear en España una forma de cultura lujosa, opulenta y superior. Indirectamente, se repitió el fenómeno del milagro griego, sustentado sobre la esclavitud. El Siglo de Oro ofrece en España la aparente paradoja de florecer cuando ya está muy adelantada la decadencia económica y social. Porque la riqueza ganada por los conquistadores y colonizadores la estaban disfrutando y consumiendo sus herederos. Una selecta aristocracia de vida y de pensamiento a la sombra de la corte y de la Iglesia pudo construir las maravillas de la cultura española de los siglos XVI y XVII, gracias a los recursos obtenidos sin trabajo personal por la explotación de las colonias. Con ello se hicieron las guerras defensivas de carácter externo religioso y las obras de arte que cuajaron en la belleza perenne de las catedrales, las pinturas, la vida refinada y cortesana y los prodigios de la mística y la poesía que son gloria del Imperio español.

## 4

En “El Solitario y su tiempo”, don Antonio Cánovas del Castillo se acerca como pocas a la solución del problema:

...no cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional donde hay pobreza e impotencia económica. Toda la historia de España está en este hecho al parecer insignificante: los soldados que el Gran Capitán llevó de Málaga para conquistar a Nápoles iban ya descalzos y hambrientos. Así se corren aventuras a las veces gloriosísimas; mas no se fundan permanentes imperios. En vano se busca en la Inquisición, en la amortización, en la exageración del principio monárquico, en los defectos de los reyes, en la incapacidad de sus privados o ministros, la causa única de nuestras desgracias... Nuestras instituciones antiguas no fueron perfectas... ni han sido grandes ni honrados políticos todos los que nos han gobernado, que tamaña dicha no la ha alcanzado nación jamás. Pero el pecado, el gran pecado de nuestra historia, no es individual sino nacional, y eso se ve en que desdichadamente existe aún, y ha sobrevivido a tantísimas mudanzas o revoluciones. Sepámoslo de una vez: nuestra en gran parte nativa pobreza, nuestra falta de espíritu de economía, nuestro desorden administrativo así en lo público como en lo particular, nuestra prodigalidad viciosa, la desproporción entre nuestras fuerzas y nuestros intentos, bastarían por sí solos para explicar los fracasos del sagaz y concienzudo Felipe II, la inercia de Felipe III y el de Lerma, las catástrofes que padecemos con Felipe IV y su privado el Conde-Duque, el cual no cometió falta más grave que no resignarse con tiempo a renunciar a la gran posición que artificialmente mantenía España en Europa. En hartos menos intentos sucumbió con Felipe V. Alberoni: tan sólo en empresas proporcionadas a nuestro tesoro y nuestra población Felipe V y Carlos III triunfaron. Pero sobrevino la revolución moderna y... entonces fue cuando nos salimos ya del todo, no sé si para siempre, del cauce universal del progreso, porque ella no ha sido entre nosotros pasajero fenómeno, sino el estado normal de tres cuartos de siglo.

## 5

Así es como se explica la decadencia de España, después de la grandeza militar y política producida por azares dinásticos gracias a los matrimonios de los Reyes Católicos y su hija doña Juana



*la Loca*, que permitieron a Carlos V reunir las coronas de Castilla, Aragón y Navarra, formando la nacionalidad española y agregándola sin cohesión al desmesurado cuerpo de su imperio.

Pero esto no es sino explicación política, que apunta la causa económica sin definirla. Fuera de la grandeza militar, también alcanzó España grandeza industrial y económica, desvanecida después junto con el poderío marítimo y guerrero. Y también tuvo su Siglo de Oro por la grandeza espiritual y ha sido su fortuna que en este sentido no haya cambiado en la misma proporción por el camino de la decadencia, porque sus timbres de arte y pensamiento se han podido conservar enteros y brillantes, no con la misma gloria, porque no es posible engendrar a cada paso un Cervantes ni un Velázquez, pero siempre con poderosa personalidad colectiva y étnica. El mundo que ganaron los conquistadores de hierro, esos soldados pobres y descalzos como los que salieron de Málaga mandados por el Gran Capitán, se perdió materialmente para España, pero las comarcas y repúblicas que se sujetaron al idioma creado por los escritores del Siglo de Oro, se conservan todavía unidas no bajo una dominación dinástica, sino por el espíritu de la cultura grecolatina trasplantada por los pueblos ibéricos a la tierra americana.

6

El propio don Carlos Pereyra, intérprete mayor del hispanismo en estos tiempos, todavía presenta invertido el concepto en algunas ocasiones. Dice, por ejemplo:

La independencia de los pueblos de la América española no se asemejó a la independencia norteamericana, pues el movimiento no fue sino una mera disolución de la monarquía española, y, simultáneamente, una disolución interna de cada uno de los países independientes. La ruina de la guerra civil no se compensó con una transformación económica de orden expansivo, como en el caso de las antiguas colonias inglesas. Lejos de ello, la guerra civil persistió y perduró, precisamente, como signo de estancamiento económico, causado por el proceso disolutivo. Durante el siglo que siguió a la separación, España, por una parte, y sus provincias por la otra, estuvieron sometidas a una condición de insuficiencia económica, de incoherencia

política y de influencia internacional, que no hacían sino traducir el carácter negativo de la lucha de separación.

En realidad, debe decirse en este caso que el estancamiento económico fue la causa del proceso disolutivo, y que el carácter informe, destructor y negativo de la lucha de separación y las etapas posteriores, lo mismo que la incoherencia política y la ineficacia internacional, son igualmente resultados de la insuficiencia económica, entroncada a su vez con el problema social, geográfico y mundial.

Werner Sombart se sitúa, en cambio, al estudiar las causas de la decadencia española en el antiguo terreno de la “leyenda negra”. Atribuye la ruina del imperio hispánico a la incompatibilidad del catolicismo, el ideal caballeresco y la psicología de los pueblos celtas, con las nuevas formas del capitalismo industrial. En la península ibérica, los celtas y los godos detuvieron el desarrollo del capitalismo, para entregarse a empresas de rapiña, de heroísmo y de aventura, mientras que los judíos y los moros (y más tarde los protestantes, extranjeros y herejes) fueron los continuadores del régimen capitalista iniciado en la Italia del Renacimiento.

Pero aquí encontramos la misma inversión de términos que se repite en muchos historiadores, obcecados contra la religión, o contra los malos gobernantes, o contra la psicología de grupos selectos que producen místicos, inquisidores, misioneros o conquistadores. Los síntomas y las consecuencias se confunden con las causas.

## 7

Es la misma actitud, de transición entre el romanticismo y la ciencia moderna, que se deja llevar por los prejuicios de raza y las generalizaciones de psicología, pero ya con nueva orientación, como se encuentra en R[ufino] Blanco Fombona, cuando escribe en *El conquistador español del siglo XVI*:

...Culminó este espíritu de intransigencia, aliado a un sueño utópico de hegemonía universal, precisamente en los días en que alboreaba para el resto de Europa el espíritu de los tiempos modernos. Y a Es-



paña le tocó luchar contra el Libre Examen, contra la Reforma, contra la libertad o aspiración de cada pueblo a gobernarse por sí propio, contra el análisis y los descubrimientos científicos, contra la propia libertad interior de España; en una palabra, contra el espíritu moderno que en el Renacimiento se inicia. Fue el campeón del pasado. Representó lo que iba a morir. Y la fidelidad a esas tradiciones ha sido el largo y silencioso drama de España, país lleno de aptitudes y de energías, frente al resto del mundo que se iba reformando e iba creando nuevos tipos de civilización.

8

Dice Ludwig Pfandl, refiriéndose al tema, que la única manera de tolerar la salida de oro y plata era para los gastos de guerras extranjeras, o sea, la más desventajosa porque no reportaba ninguna clase de valores utilizables en cambio. En España los metales preciosos perdieron rápidamente su poder adquisitivo, provocando los aumentos de precios y los trastornos monetarios que se pretendían evitar por medio de disposiciones autoritarias. A esto siguió la decadencia de la industria española, la ruina de la agricultura, la acción de la soldadesca y de los mercenarios y la concentración de las riquezas en manos de los moriscos, de los judíos y de la burguesía extranjera formada por industriales y obreros calificados italianos, franceses del sur, flamencos y alemanes, que ya representaban un poder en gestación frente a las antiguas potencias feudales: la corona, la Iglesia y la nobleza. En esta complicación, las consecuencias y las medidas defensivas se confunden con los intentos de reforma y los síntomas externos. La pesadumbre de los impuestos es sólo desproporción entre las necesidades de los servicios públicos y los rendimientos del trabajo nacional. Las actividades de la Inquisición convertida en instrumento político y económico, procuran inútilmente combatir el mal profundo con represiones o intolerancias en contra de los judíos, moriscos y luteranos, y tanto las confiscaciones como las expulsiones no son más que recursos estériles o contraproducentes.

9

Según Francisco Silvela, las causas de la decadencia arrancan desde 1615, por los contratos matrimoniales concertados en favor de

la dinastía francesa. Pero esto es notoriamente un síntoma, y no explicaría la profunda postración subsecuente, pues que los enlaces matrimoniales en la Europa monárquica han sido costumbres de política secular, y en España puede considerarse igualmente inclinada al descastamiento la substitución de la casa de Aragón por la casa de Austria como la herencia de ésta en favor de los Borbones. Martínez Marina toma por causa de la decadencia el absolutismo de los Austrias y la nulificación de las cortes, que, con los ayuntamientos, tenían caracteres de representación democrática. Ferrer del Río se fija, de preferencia, en la política europea de Carlos V, que atendió a los conflictos medievales religiosos y dinásticos y descuidó los problemas atlánticos y americanos; Hoebler carga la responsabilidad a Felipe II; Brentano alude casi exclusivamente a la expulsión de los moriscos. M. I. Bonn señala como causa la incapacidad de la economía política española para adaptarse a la revolución internacional de valores del siglo xvi.

Así nos vamos acercando a la fórmula más apropiada a la terminología moderna. Ya está casi olvidada la famosa “leyenda negra de la España fanática”. Los efectos no se confunden con las causas. Las soluciones simplistas que pretenden fundarse en una psicología del pueblo español, en la influencia de la mística o en el carácter de los conquistadores o de los eclesiásticos, o en la grandeza o deficiencia de los reyes y los ministros, se han quedado para la historia romántica o puramente positivista.

## 10

Este esbozo geográfico de Hinsdale nos ofrece profundas sugerencias para la historia de la independencia de México y su evolución posterior.

El lado oriental de Norteamérica se halla abierto y practicable. El Atlántico, comparado con el Pacífico, es un océano estrecho. Además, cerca de la costa hay numerosas islas que no solamente atraen a los navegantes y emigrantes desde hace dos siglos y medio, sino que ofrecen también puerta de paso en el camino al continente: Terranova, las Bermudas, las Bahamas y las Antillas.

Sería difícil exagerar las consecuencias históricas de los hechos





asentados. Ofrecen una explicación hasta donde los hechos naturales explican nunca tales cosas, de muchas materias interesantes de la historia. Ayudan a explicar el hecho capital de que Norte-américa llegase a ser una dependencia histórica de Europa y no de Asia. Arrojan gran luz sobre la primera división del continente entre España, Inglaterra y Francia, sobre el curso y orden de los descubrimientos y exploraciones y sobre las luchas de aquellas potencias por el dominio territorial. Ellos explican la extraordinaria expansión territorial de los Estados Unidos y su unidad política.

En el siglo XVIII España se encontraba en las mejores condiciones que se habían ofrecido hasta entonces a ninguna nación para tomar posesión y dominar el valle del Mississippi. Tenía las llaves del Golfo, del cual procuraba excluir a todas las demás potencias. Por haber descubierto las bocas de los ríos que desembocaban en el Golfo, y especialmente la del Mississippi, tenía un título respecto de la vasta región situada entre los Apalaches y el sistema de montañas de la cordillera. Las puertas del Mississippi estaban siempre abiertas para sus navíos y no había poder europeo que pudiese evitar, ni sentir, por entonces, el deseo de impedir que completase su título por la ocupación. El lago y la región de San Lorenzo eran más accesibles desde el sur que el valle del Mississippi desde el norte, porque el Mississippi tenía menos obstáculos de hielo. Y sin embargo, España no aprovechó la gran ocasión que se le ofreció; de hecho, hasta 1682 no había hecho nada por tomar posesión del país situado entre el Atlántico y el río Grande, salvo la fundación de Santa Agustina, en 1565, y Santa Fe en 1582.

11

El principal motivo de errores o extravíos en este punto, lo mismo que en la mayor parte de los problemas sociales y filosóficos, ha sido la exageración simplista o sectaria que pretende señalar preponderancia a un solo factor, desconociendo el pluralismo de la vida.

También contribuye a la confusión la tendencia mezquina que por pereza de espíritu o por mala fe de propaganda toma los conceptos en forma restringida o rigurosamente literal. Casi siem-

pre los que exponen una interpretación de estos hechos históricos no hacen sino ofrecer un punto de vista propio, y los que presentan una perspectiva distinta no deben suponer que a ellos toca exclusivamente la verdad.

La comprensión estrecha y literal se atiene a los términos escuetos, cuando toma, por ejemplo, la cruz y la espada como representaciones exclusivas de la influencia religiosa y la acción conquistadora. Espada y cruz, misioneros y conquistadores, virreyes y arzobispos, encomenderos y evangelizadores son a la vez signos de personas y de corrientes culturales; representan la influencia del idioma, de la moral, de las costumbres y del arte y de la ciencia. La inclinación idealista y romántica prefería lo alto y sublime. Pero el realismo, las ciencias naturales y sociales y la visión más terrenal de los estudios modernos se preocupa también por lo que viene detrás de los símbolos y de las representaciones superiores, como son los elementos de vida, la importación de nuevas especies vegetales, instrumentos de trabajo y animales domésticos.

Lo mismo puede decirse del oro y la plata y las tierras vírgenes de América. No solamente metales preciosos y comarcas inexploradas ha ofrecido el Nuevo Mundo al antiguo. Bajo el signo de plata y oro debe comprenderse además de otras especies preciosas por su utilidad, como el cobre y la quina, o de lujo y refinamiento, como el cacao y el pavo de América, las producciones más modestas que, como el maíz y la patata, fueron tal vez más importantes para contribuir a la revolución industrial del mundo. Porque a ellas se debe en parte la sobrepoblación y la emigración de europeos, la formación de grandes centros fabriles y urbanos y la integración de una nueva clase social que ha crecido transformando las instituciones feudales, monárquicas y más tarde individualistas y burguesas.

## 12

En esta rápida exposición no debe omitirse un juicio triplemente valioso, por su originalidad, por la simpatía que demuestra hacia el espíritu hispánico y por venir de quien ha estudiado como pocos, en archivos y fuentes de primera mano, la historia de estas

épocas. Al relatar las expediciones de Juan Bautista de Anza en 1774-1776, Herbert E. Bolton ofrece un cuadro sugestivo de la colonización española en América. Aunque sea en ligero extracto, vale la pena descubrir cómo Bolton aprecia la magnitud y la importancia para la civilización humana de la obra de España en este continente, con más elocuencia que la desplegada en arrebatos líricos del hispanoamericanismo al uso, y como una rectificación a los excesos de la crítica sectaria. En el volumen que sirve de introducción a la obra citada (*An Outpost of Empire*) puede verse cómo juzga Bolton las expediciones de De Anza y de sus compañeros Font y Garcés, que dieron por resultado la fundación de San Francisco, y sirvieron así para completar la obra del padre Kino, el heroico jesuita misionero, y de fray Junípero Serra, el glorioso franciscano, trasplantadores de la cultura hispánica al noroeste de la Nueva España. Bolton rechaza la vulgar afirmación de que España fuera mejor exploradora que colonizadora, puesto que el número de los exploradores fue sobrepasado por el de mineros, rancheros, sacerdotes, soldados, comerciantes y agricultores. La mejor justificación de la obra de España es la independencia de sus colonias. No fue un desgarramiento, sino la separación de los hijos mayores de edad que han fundado sus hogares.

Lo cual, si se analiza, no es más que una forma simpática de expresar la idea de una mutación en el régimen del imperio hispánico. La emancipación del hijo de mayor edad tiene profundas trascendencias económicas y sociales, y es tanto una obra del tiempo como de las necesidades afectivas, psicológicas, de nutrición y de reproducción. El crecimiento de los hijos es proporcional a la vejez de los padres. Pero las explicaciones de este género tienen más bien un valor metafórico, de modo semejante a las que comparan a un pueblo con un organismo. Y no debe confundirse su poder de sugestión con la realidad áspera y desnuda.

Todo lo que se ha querido presentar como causas de la decadencia española es casi siempre una serie de síntomas o de concausas, de consecuencias o de reflejos. El origen radical del he-

cho se ha ocultado, en la historia y en la sociología, sin llegar a la esencia del complejo económico y biológico. Casi siempre las explicaciones son parciales y pecan por restricción simplista.

Desde luego, no debe afirmarse que la decadencia hispánica sea producto de una sola causa ni mucho menos de un factor individual, o deliberado y consciente. Más bien que decadencia hispánica o ibérica, o caída o derrumbamiento de España, sería más exacto decir caída del imperio español o del imperialismo español. Y mas exactamente aún transformación del régimen feudal que llegó a su apogeo con la hegemonía de Castilla.

La ruina del imperio español es la ruina de todo un sistema mundial de producción económica. La grandeza y el poderío de los pueblos ibéricos puede decirse que coincidió con el aspecto mediterráneo occidental de la civilización, mientras que su decadencia sobrevino al cambiarse la forma geográfica de la alta cultura europea, abriéndose por el Atlántico hacia el Nuevo Mundo.

La posición de España dominando la salida del mar Mediterráneo, en un sitio de confluencia para las rutas de la circulación mundial entonces conocida, hizo que las energías de la civilización se concentraran en su territorio. Las actividades que antes se dirigían desde Italia hacia el mundo asiático y que facilitaron el poderío de Venecia, cambiaron de dirección por la resistencia y el empuje del Islam, y tuvieron que abrirse paso a través de los mares desconocidos. Esta obra de la civilización correspondía, por destino natural, a los pueblos ibéricos, y la realizaron prodigiosamente.

#### 14

La apertura de los caminos oceánicos para las Indias y el descubrimiento de América cambiaron la forma y la técnica de la producción de riquezas. La cultura hispánica se enriqueció con las aportaciones del mundo grecolatino, con el desarrollo de sus posibilidades propias, con el contacto de las culturas orientales a través de los árabes y después con la enorme influencia material y espiritual que significaban la conquista y la colonización del Nuevo Mundo.

Pero el imperio español llevaba en su propia grandeza el germen de su transformación y de su acabamiento.



Así lo entiende, en cierto modo, el padre Félix García, en el prólogo de la obra de Ludwig Pfandl titulada: *Introducción al Siglo de Oro. Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII*.

España... fue el eje de Europa, a pesar de su escasa tangente natural, y el punto de intersección de culturas diversas que aquí encontraron una fusión armónica... España, a pesar de su desviación geográfica, ha sido el punto de cruzamiento biológico de razas, de interferencia entre las más diversas corrientes, pero asimilándose e inyectándolas un elemento étnico indestructible.

Precisamente, la desviación geográfica de España dejó de existir cuando el descubrimiento de la ruta del Cabo produjo la ruina de Venecia y el auge de los pueblos ibéricos. Con mayor razón pudo ser España un gran centro de actividad económica mundial, y, en consecuencia, de fusión y entroncamiento de corrientes humanas, cuando la civilización se volvió hacia el Atlántico.

Pero la misma obra hispánica causó una nueva transformación del sistema universal de comunicaciones, de industrias y comercio.

La propia España abrió a los franceses, los holandeses y los ingleses la ruta del Atlántico. Y los países mejor situados recogieron el fruto maduro de la revolución económica provocada por el descubrimiento y la conquista de América.

15

Desde que Cabot descubrió por cuenta de Inglaterra la vía corta del mundo europeo al mundo americano, anticipándose aun a Colón en tocar tierra continental, el lazo de unión entre España y sus futuras colonias estaba amenazado. Y este peligro de tan remoto origen tuvo que aumentar por las condiciones de la obra colonizadora que cada país emprendió.

España se lanzó en prodigiosas aventuras por las comarcas tropicales, y su invencible clima tórrido, mientras los ingleses caminaron con lentitud y pudieron conquistar paso a paso tierras frías o templadas, abiertas y conexas, adaptables a los procedimientos de la nueva era industrial de maquinismo. España en-

contró los problemas complicados de una cultura indígena arraigada tenazmente a la tierra, que no podía ni evitar ni destruir, y que, a cambio de trabajo barato, tuvo que ocasionar los conflictos de castas y de clases exacerbados por la deficiente producción de riquezas de consumo vital.

Y la abundancia de oro y de plata fue un complemento de la apariencia seductora de los trópicos, porque la riqueza minera, aunque sirva para refaccionar a la precaria agricultura, no puede sustituir a la más indispensable riqueza de la producción agrícola.

## XIV

*Biología y revolución*

## 1

Otro ejemplo de renovación histórica se encuentra en el diverso modo de afocar el suceso más destacado de la época moderna: la revolución. No las revoluciones, revueltas, motines, pronunciamientos o cuartelazos, que son más bien síntomas, o abortos, o partos retrasados, o simples manifestaciones morbosas, sino la revolución, en su sentido técnico, más aún que político y social, y en su aspecto biológico.

Un nuevo panorama de la ideología revolucionaria se descubre al expresar que la causa íntima de la revolución no es un simple anhelo político, lo cual por lo demás ya está dicho de sobra. Pero también es necesario ampliar la visión del concepto económico. Y así, hay que ver en la tenencia permanente y renovadora de la revolución, en primer lugar, el movimiento incesante de las corrientes vitales, y después los fenómenos de integración y desintegración, de reajustes y desequilibrios causados por el simple hecho de que "en la vida civilizada, las convenciones y las instituciones se levantan o se mantienen olvidando las leyes de la biología, porque el hombre crea sus leyes sin acomodarlas a sus conveniencias naturales". Y por ello se hace indispensable el trabajo lento, brusco o intermitente de reajustar la civilización a la naturaleza.

Las revoluciones convertidas en estado crónico, en forma violenta y puramente destructiva, son síntomas de desequilibrio



económico, debilidad y descomposición, más bien que indicios de energía en movimiento, porque significan que ni el Estado puede reprimir el desorden ni el desorden puede derrocar al Estado antiguo y crear un nuevo orden con un nuevo Estado. Las revoluciones que sólo se fundan en querellas por el mal gobierno y que se reducen a cambios de personal burocrático, son puramente maniobras de política para conquistar el poder. La situación económica y social de un pueblo sólo se atribuye al mal gobierno o a la pura política por impotencia funcional: un pueblo en condiciones de vitalidad ascendente modifica la conducta del gobierno cuando éste estorba el desarrollo económico, y si no puede rectificar a su propio gobierno, lo derriba, o progresa a pesar de la mala administración, que es lo más frecuente. Las agitaciones políticas o sociales que toman la forma de revolución, sin serlo realmente, son un problema de policía. Lo que una verdadera revolución ataca no es la forma o el personal del gobierno, que sólo es una representación o mandato, sino las formas de la producción, que son las que interesan de veras a la vida colectiva.

2

Y así tendrá que buscarse en la historia de México, detrás de las guerras de independencia, el movimiento social, y, más en lo hondo, el impulso emanado de las causas biológicas. No sólo se encontrará la insurgencia de las castas oprimidas, que se rebelan al signo mágico de las fórmulas de la Revolución francesa, sino la obra de una necesidad vital. La separación política, envuelta en ideología y retórica de clubes jacobinos y logias de masones, no es sino consecuencia de los fenómenos complicados de un desequilibrio en el régimen económico, y principalmente de la nueva era industrial caracterizada por la depreciación de la plata, el aumento en el costo de su producción a causa del agotamiento de los yacimientos próximos a la superficie, los incendios y las inundaciones de las minas y el triunfo del *[sic]* navalismo inglés sobre las comunicaciones marítimas de España y sus colonias.

Herbert Ingram Prestley hace notar que el impulso colonizador de España se desarrolló no sólo en la enorme extensión de América, hacia los cuatro rumbos cardinales, sino también más

allá del Pacífico en las islas Filipinas. Según la opinión de este distinguido profesor de historia de México en la Universidad de California, expresada en su obra *The Coming of the White Man*, para España fue una desgracia que las bulas papales le concedieran dominios más extensos de lo que podía cubrir con su fuerza colonizadora. En realidad las bulas o concesiones papales no eran sino envoltura y fórmula del movimiento expansivo. Más bien deben estudiarse los factores que señala el mismo Prestley al calificar el ciclo de las últimas expediciones hechas por fray Marcos de Niza, Hernando de Soto y Coronado, como la representación trágica y heroica de un imperialismo que no quería aceptar las limitaciones impuestas a la expansión hispánica “por las distancias, los indios salvajes y las inhospitalarias condiciones geográficas”. La necesidad de seguir las líneas de los yacimientos mineros, separados en zonas aisladas, la formación de centros poblados en regiones mal distribuidas para la industria agrícola, y, más tarde, las luchas de la frontera norte, donde los indios comenzaron a recibir armas europeas por conducto de los franceses y de los ingleses, pueden servir mejor para explicarse la evolución histórica de la Nueva España.

### 3

El beneficio de los minerales de plata por el sistema de patio fue para México de extraordinarias consecuencias. En los reales de minas se establecieron haciendas de beneficio y se fundaron poblaciones que llegaron a ser centros de importancia. Los mineros afortunados formaron una clase privilegiada por su riqueza, suficientemente provista en ocasiones para refaccionar a la agricultura y contribuir para los gastos de la Iglesia, de las instituciones públicas locales y de otras colonias, y hasta de la corona de España directamente.

Pero la opulencia de la explotación minera en la Nueva España tenía que producir al mismo tiempo la disminución lenta y constante del precio del producto, la formación de una clase proletaria esquilmada en los trabajos de extracción, acarreo y beneficio de los minerales y la insuficiencia de los métodos y de los instrumentos de trabajo al agotarse los yacimientos más ricos y más próximos a la superficie.





4

Al mediar el siglo XVIII, los pesos mexicanos eran la moneda preferida en todo el mundo. Por los años de 1800 ya se comenzaron a sentir los efectos de las inundaciones en las minas y de la inferioridad industrial de la explotación, comparada con la técnica europea que lograba disminuir el precio de costo con las bombas de vapor y los procedimientos más eficaces de beneficio. Cuando Humboldt visitó la Nueva España por el año de 1803, aunque admiró las obras subterráneas de ingeniería y la riqueza potencial de los yacimientos, advirtió también graves signos de atraso en los túneles incomunicados y las bombas de desagüe movidas por mulas.

Entre los factores de la guerra de independencia debe anotarse el desequilibrio de la industria minera y la consiguiente impulsión del proletariado de las minas. Las haciendas fueron destruidas y las obras interiores muchas veces incendiadas. El botín preferido eran los cargamentos de plata. Y la presión anglosajona, aparentemente favorable a la independencia, no era, con seguridad, extraña al hecho de que, alrededor de 1820, los sindicatos ingleses compraron por sumas irrisorias las antiguas minas famosas por sus bonanzas.

5

Sin embargo, ni la industria inglesa logró rehabilitar a la minería mexicana. Los ingenieros ingleses tropezaron con enormes dificultades para adaptar su técnica a los métodos tradicionales de trabajo de los operarios mexicanos y para subir las calderas y máquinas de vapor a la altiplanicie. Tuvieron que sufrir, igualmente, las consecuencias de la guerra de emancipación y de la crisis económica y social manifestada en forma de revolución incesante, y más tarde una nueva depresión de la plata producida por el exceso de producción en los Estados Unidos después de la guerra de secesión. Por último, los capitales ingleses cedieron la mayor parte del terreno a las empresas norteamericanas, cuando la expansión de los Estados Unidos se hizo sentir con más fuerza en México gracias a los ferrocarriles y a los nuevos sistemas de explotación de minerales, especialmente el proce-

dimiento de cianuración que se comenzó a usar a fines del siglo XIX.

Y del mismo modo que en las revoluciones de independencia y de reforma deben investigarse los factores profundos relacionados con la producción minera, ligada, a su vez, con la agricultura y la economía general, en los movimientos revolucionarios modernos deberán estudiarse las incidencias de nuevas transformaciones industriales, que incluyen problemas de maquinaria, de cultivos, de combustible y de transportes. A la producción de plata y oro debe agregarse, en las últimas épocas, la influencia política y social de la producción de petróleo y de energía eléctrica.

## 6

En resumen, será preciso investigar las causas profundas y hasta ahora poco estudiadas, en los trabajos de la integración nacional, en sus gobiernos incipientes y sus instituciones desgarradas por la bancarrota que incuba la guerra civil y en la miseria que produce el bandolerismo; la mutilación territorial y los problemas internos condicionados por la geografía y las transformaciones de la industria; las guerras y los movimientos sociales de la Reforma como continuación del empuje revolucionario y las luchas de clases iniciadas en la conflagración de independencia; la marcha por etapas hasta la difícil introducción de los nuevos sistemas de comunicaciones y producción por medio de la maquinaria del siglo XIX. Luego, las mismas influencias contribuyendo a la restauración republicana, fomentando la corriente de prosperidad material que a su vez sustentó el régimen pacífico de la época Díaz-Limantour. Y las mismas causas y problemas trabajando para producir otra vez los fenómenos de la revolución y las transformaciones industriales en este siglo, con nuevas fórmulas y modernas ideologías envolviendo semejantes enigmas geográficos y vitales.

Hasta llegar a la época contemporánea, no deslumbrados o confundidos por la historia, sino guiados por ella para comprender mejor el presente y preparar el porvenir. Guiados por la historia, que ya no es la sierva de la teología, de la metafísica, de la literatura o de la política militante, sino uno de los auxiliares más poderosos en la lucha del hombre con la naturaleza.

Don Carlos Pereyra puso como epígrafe de su obra, *El mito de Monroe*, estas palabras de A. R. Randall: “Cuando Marx inventó la interpretación económica de la historia, forjó una arma que, si se usa con habilidad, puede destruir la mayoría de las reputaciones históricas...” Pero si se usa la orientación científica que Marx desarrolló, no como instrumento agresivo, ni dogma unilateral, ni recurso de política militante, sino como elemento de investigación y de estudio, depurado y encadenado con todos los demás eslabones del conocimiento, no hay motivo para que sirva como disolvente y corrosivo de reputaciones históricas.

Al contrario, el trabajo de hacer y destruir reputaciones de héroes y caudillos queda en segundo plano. La historia de curiosidad y de peleas partidaristas se debe superar igualmente. Se alejan las biografías de recámara y de intrigas cortesanas o parlamentarias para buscar más hondamente las causas y los hechos radicales.

De este modo la historia abrirá nuevas perspectivas en un ambiente más lleno de luz y de serenidad. En vez de empequeñecer las figuras reducidas a sus puros lineamientos humanos, se tendrán que esbozar en sus relaciones con el medio circundante. Así crecerá la significación y se tocará más de cerca la verdad profunda, lo mismo al desentrañar el mito de Quetzalcóatl que al analizar las grandes personalidades ya rodeadas por una aureola mística, o los grandes hechos que tienen casi rasgos personales y se convierten en cierta forma en figuras de contornos definibles: no sólo el mito prehistórico, sino lo que hay de mito en las personalidades de Cortés y el régimen colonial, de Hidalgo y la guerra de Independencia. Y el mito del federalismo, el de la Reforma, y los de Santa Anna, Juárez, Porfirio Díaz, Limantour, la paz y la revolución.

El criterio pluralista y ecléctico nos enseñará que la mayor parte de nuestras querellas se han hecho alrededor de ficciones, fantasmas, prejuicios y pasiones. Por empeñarse en visiones unilaterales se perpetúan las disputas de partidos y de sectas. Cuando se escribe la historia de la conquista, o de la Iglesia, o de la dominación española, de la Independencia, de la Reforma o de la Revolución tomando sólo un punto de vista limitado y parcial, aunque



se diga la verdad, se comete un error creyendo que es toda la verdad. Las crueldades de los conquistadores y los defectos económicos de la organización eclesiástica son tan ciertos como la difusión de la cultura hispánica y la obra heroica de los misioneros. En las mismas misiones hay no sólo heroísmo sagrado, sino afán de dominación. Cortés, Hidalgo, Juárez, Porfirio Díaz y Madero no son figuras para un trazo estático. Se desarrollaron en el tiempo como los hechos históricos son envueltos por la leyenda y tienen como todo lo que es humano la mezcla eterna del bien y del mal. Por eso la historia procura sobreponerse a la medida actualista de la moral corriente. Trata de asomarse por encima del bien y del mal.

Así adquiere la visión de una biografía de México aspectos nuevos que merecen ser explorados, no sólo en ensayos como éste, que apenas alcanza los primeros atisbos. La obra debe ser emprendida y realizada por toda una generación. Porque de su difusión y conocimiento puede resultar una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional y nuevas orientaciones para plantear y resolver los problemas vitales de nuestra vida política, económica y social, la comprensión y la integración de la verdadera cultura mexicana.

xv

*La nueva definición de la historia*

1

Una historia que pretende ser moderna no debe limitarse a seguir las doctrinas de la última hora, que en ocasiones son nada más las de última moda. Tiene que sustentarse sobre el orden cronológico y la narración sin suprimir del todo el atractivo de la anécdota y del drama, ni desconocer las influencias del clima y del suelo. Aunque cambien los nombres de la interpretación providencial, no puede negarse que una de las más poderosas fuerzas históricas, por ignorancia o por esencia, es la que se encuentra por encima de la voluntad y del conocimiento de los hombres, vagamente señalada con los términos de divinidad, predestinación, némesis, fatum, azar, kismet, ananké, fatalidad o sino. Hasta la rígida construcción del materialismo histórico, en



su forma extrema del marxismo integral, admite lo imprevisto o imprevisible en los “factores de perturbación”. Igualmente, el factor individual no puede ser limitado, porque no sólo héroes y genios hacen la historia, sino también, por desgracia, tiranos, imbéciles, fanáticos o criminales.

2

Si se olvidara totalmente el factor individual, pretendiendo confinar la historia al análisis de los movimientos de masas y de muchedumbres, de instituciones y entidades abstractas, se haría del estudio histórico una oceanografía del tedio. Los grandes hombres, como expresa el doctor Gregorio Marañón, son índices del empuje espontáneo de los pueblos. Por ello mismo tienen gran importancia histórica. También debe limitarse la tendencia que se inclina exageradamente en contra de las narraciones mezcladas con acontecimientos políticos y militares. Éstos son hechos indispensables para la cronología, por ser los más aparentes y accesibles, que graban con sangre y fuego las etapas de una nacionalidad. Aunque se tome de preferencia el camino de la interpretación económica, no puede negarse que las guerras y las mutaciones políticas son causas o consecuencias de fenómenos económicos. Las guerras dinásticas o civiles, de invasión o de defensa, lo mismo que los años de inundación, de terremotos, de peste o de hambre, son como índices implacables de la historia humana, y lo serán mientras subsista el instinto depredatorio, arraigado hasta la subconsciencia, y organizado como régimen social. Y todavía quedan grandes perspectivas por explorar en el campo de la interpretación psicológica pasional, sexual o estética, comprendiendo el conjunto de los fenómenos vitales.

3

Conceder mayor importancia al factor económico no es derivar estrictamente la historia del puro móvil de adquisición material, sino porque ha sido hasta ahora el menos estudiado, sobre todo en la historia de México, y porque es preciso reconocer que el signo de los tiempos, o el acento de esta época, se distingue en las fuerzas del trabajo. Así como una edad entera puede llamarse

aticismo y otra cristianismo, o renacimiento, o reforma o capitalismo, para nosotros la tendencia más visible de la cultura está en “el aprovechamiento de todas las energías de la tierra y del hombre”, haciendo que la pérdida de impulsos vitales se reduzca al mínimo. Aunque no se tomen los postulados de Marx sino como “tendencias”, es indispensable completar la obra de interpretación histórica tomando como instrumento de estudio la doctrina de la lucha de clases. Y ahondando un poco, y ampliando al mismo tiempo el concepto, salvando los límites de la intención pragmática y política, se encuentran profundas relaciones entre la ideología marxista y las más autorizadas versiones de filosofía histórica. Las luchas provocadas por las diferencias de clase, lo mismo dentro de las mismas clases en su trabajo de formación o de desintegración, que las luchas entre una clase y otra por alcanzar el predominio en el manejo del Estado, pueden encontrarse igualmente esbozadas en los prejuicios raciales de Gobineau como en la importancia de las migraciones y la influencia de los extranjeros y los herejes en la vida económica que ha descubierto Sombart.

No debe pensarse que la preferencia de atención para el dato económico implica reducir la historia a los números de estadística fiscal. En vez de simplificar las perspectivas, se amplían y se abren otras nuevas, sin borrar las que ya se han explorado y trazado. No es un ahorro de trabajo el que se ofrece, como sucedería con una interpretación mecánica o puramente física. Este materialismo histórico es lo menos materialista posible, en el sentido que el vulgo semiletrado le atribuye.

Desde luego, los datos económicos importantes para la historia, además de todo el sistema fiscal, incluyen el crédito y los cambios, los procedimientos técnicos de producción y transporte, las formas de la división del trabajo, el régimen legal y el efectivo de la propiedad, de los contratos, de los salarios, las utilidades y la renta y la formación de clases según su parte en la producción y el consumo. Después vienen las relaciones entre la economía y la geografía, y, por lo tanto, las acciones y reacciones de la naturaleza y el hombre. Es decir, de las fuerzas naturales, en su infinita complicación, y de las fuerzas humanas en su eterna y misteriosa influencia de energías que abarcan desde el movimiento instintivo hasta la suma sabiduría.

El movimiento general de la historia va de la interpretación puramente teológica al idealismo clásico, el romanticismo, el materialismo y, finalmente, la interpretación que busca el apoyo de la biología.

## 4

Si se permite aventurar una interpretación propia, diríamos que la ficción de culturas y ciclos como organismos separados y movimientos de evaluación individual en el tiempo y el espacio tiene caracteres demasiado rígidos y dogmáticos en la doctrina de Spengler para poder admitirse íntegramente. La interpretación biológica es más amplia. Las llamadas culturas se mezclan, se confunden, se prolongan a veces unas sobre otras, en ocasiones parecen retroceder o se estancan por siglos. Casi nunca desaparecen de un modo total, y de pronto se anotan casos de resurrección imprevista. Los términos de ciclo y cultura, lo mismo que antes los “ricorsi” de Vico parecen indicar mejor esos movimientos de razas y de pueblos que adquieren rasgos especiales y casi personales, en gran parte por la necesidad de establecer signos y fijar épocas para ayudar a la cronología y a la memoria y para ofrecer materiales a la moral y al arte. Así se distinguen la cultura griega y la cultura egipcia, como se descubre la época de las cruzadas, o la Reforma, el Renacimiento y la Revolución. Más que como organismos aislados se podría figurar el curso de la existencia colectiva como un gran cuerpo, animado por una corriente de energía vital, que fluye sin cesar, y donde la materia y el espíritu se desplazan, se combinan, se entrecruzan y se compenetran en varias y oscuras corrientes, con fenómenos de química y física, modificaciones de color y densidad, de temperatura y de volumen.

Una cultura es un estado de conciencia colectiva, una unidad vital, un organismo espiritual. Es una época con calma, con individualidad histórica. El hombre comienza formando familias y tribus. Cuando se forma una ciudad puede comenzar una cultura. El principio de individuación o individualización crea costumbres, instituciones, personas morales, y luego las formas de sociedad, Estado, pueblo, nación y raza. El principio de individuación se inicia dando nombre y límite a las cosas, y trae consigo la sujeción a la norma de todo lo que recibe un soplo vital,

es decir, la necesidad de transformarse, de devenir, de crecer y de acabar.

## 5

En consecuencia, nos atrevemos a expresar que el desarrollo de una cultura en el tiempo no sólo debe calcularse por su duración, comenzando desde que un grupo humano sale del estado errante, inventa la agricultura, forma ciudades y tiene conciencia colectiva, más o menos bien registrada en sus anales y efemérides. La medida de una cultura sólo se percibe tomando también en consideración los recursos naturales del medio en que ella se desarrolla, la técnica de la producción, y la posibilidad de utilizar las enseñanzas y aportaciones de culturas anteriores o próximas. Una cultura es más rica mientras mejor asimila los elementos vitales que ha heredado o que puede recibir por contactos raciales, y elimina los desechos o toxinas. Y este metabolismo depende de las comunicaciones y de la vitalidad necesaria para aprovechar los ejemplos extraños sin sufrir descastamientos o pérdidas de soberanía y para apropiarse lo que es favorable mediante una selección instintiva o consciente.

## 6

La admisión de doctrinas nuevas impone una nueva definición. La historia en sentido estricto es sencillamente una narración. Pero no es sólo narración sistemática de los sucesos pasados, según la antigua definición elemental.

Con el propósito de clasificarla entre las ciencias sociológicas y descubrir leyes históricas se llegó a definir la historia como la ciencia del desarrollo progresivo de la sociedad humana. Pero el criterio moderno ya no admite una evolución de conjunto para toda la humanidad, ni un progreso indefinido y constante. Forman parte de la terminología histórica y deben ser tenidas en cuenta para los nuevos estudios de esa rama del conocimiento, las ideas sobre el desarrollo de las culturas y civilizaciones, no precisamente con sujeción a las doctrinas de Spengler, pero sí admitiendo en parte sus conceptos y términos y recogiendo la



conveniencia de interpretar la vida del mundo según el desarrollo cíclico de las grandes organizaciones humanas. No es preciso tomar cada cultura como un organismo separado, sino advertir el movimiento ascendente y descendente de las épocas, el nacimiento, apogeo y decadencia de las sociedades y las instituciones que llegan a constituir una civilización y luego se debilitan y desaparecen.

La historia no es propiamente una ciencia, como la matemática o la química, porque no ha podido formular leyes. Se le puede llamar cuando mucho una ciencia en formación, o una ciencia en parte. O uno de los modos universales del conocimiento, como expresa Xénopol, el modo de sucesión frente al de repetición. Hay en cambio ciencias preparatorias y ciencias auxiliares de la historia. Por esto mismo y por la amplitud del conocimiento histórico que sólo es comparable por su extensión con el conocimiento filosófico, una definición perfecta es imposible. Es preciso fijar previamente el punto de vista del espectador.

Porque según la fórmula de Gabriel Alomar, la historia debería, en realidad, estudiarse bajo diferentes *grados*. Examinemos el valor de la palabra *historia* como noción. ¿Qué es historia? ¿Es la mera narración de los hechos humanos como objetividad, como *visión*, en su sentido directo? ¿O ha de comprender también su lenta y progresiva transfiguración, su trasunto literario y artístico, su leyenda, su santificación positiva y negativa, y el valor de esas transformaciones y deformaciones como agentes en el desarrollo de la historia posterior, en un encadenamiento de causas a efectos paralelo a la mera casualidad objetiva?

## 7

Alomar ha formado este cuadro explicativo de los diferentes grados de la historia:

1. Visión. Efeméride. Dietario. Anales. Crónica.
2. Percepción. La historia pragmática. Narración histórica.  
*Esprit de suite* histórico.
3. Ponderación. Filosofía de la historia. La historia política.  
La historia como ciencia. Crítica histórica.
4. Poetización. Transfiguración legendaria del hecho.

- La historia poética. La poesía como caudal histórico.  
La historia como arte. El mito. El ciclo.  
5. Divinización. Epopeya. Tragedia. La historia divina.

Para evitar confusiones, necesitamos fijar nuestra atención en el grado de la historia que pretendemos estudiar. No puede definirse lo mismo la parte de la Historia que se ocupa de investigación y formación de anales que la obra de crítica o de interpretación. Pero si pretendemos realizar un ensayo de historia escolar y educativa, tendremos que partir de la narración sencilla y llegar, cuando menos, hasta la historia como arte y la transfiguración legendaria. Y más especialmente, buscar la interpretación, la ejemplaridad moral, las causas y los orígenes. Es decir, la percepción y la ponderación, tocando solamente los límites de la poetización al llegar al estudio de los ciclos y las culturas.

## 8

Usando la nueva terminología podemos decir que *la historia se ocupa del estudio de las culturas humanas*.

Y que la historia de México debe estudiar el desarrollo de las culturas en esta parte de la tierra, o sea, los orígenes y la formación de la cultura mexicana, su fusión con la rama hispánica de la cultura occidental o europea y la influencia de la rama angloamericana de la misma cultura occidental. Es decir, un ensayo de biografía de México.

Las claves o guías fundamentales de un estudio semejante deberán ser:

- I. Considerar como hechos históricos todos los que tienen influencia en la vida humana, o sea, lo que se realiza, lo que tiene duración, o lo que ha sido originado por el principio de individualización que viene de un impulso vital: el hombre mismo y lo que el hombre crea con vitalidad, personas morales, costumbres, corporaciones, instituciones, generaciones, sociedades, razas, naciones, culturas.
- II. Estudiar el fenómeno histórico ya no en perspectivas estáticas, o cortes transversales, que reproducen épocas o momentos aislados como si fueran permanentes, sino en cortes longi-

- tudinales, como una serie de fuerzas, grupos de instituciones, ideas y edificaciones en constante trabajo de renovación.
- III. La ley de Carnot y Clausius, la entropía o degradación de la energía en calor que se reparte uniformemente entre los cuerpos.
  - IV. La importancia del fenómeno económico, engendrado por el móvil biológico, porque las relaciones de producción condicionan o modifican la estructura de las sociedades.
  - V. La tendencia de la lucha de clases, que puede comprender la mayor parte de las diferencias sociales, inclusive los conflictos de razas, las guerras civiles, o internacionales y revoluciones políticas o industriales.
  - VI. La formación de clases caracterizada esencialmente por la posesión de los medios de producción, el aprovechamiento de la plusvalía y la explotación del trabajo humano.
  - VII. Acción y reacción en los desequilibrios de clase, provocados por la tendencia de concentración o centralización del poder, del dinero y del crédito.
  - VIII. Y finalmente, como explicación y solución del fenómeno histórico, la supervivencia, la superposición, penetración o mezcla sinérgica de las diversas formas de economía, lo mismo que de los ciclos o épocas de la política, la ciencia, la ideología social, la religión, el arte y las costumbres.

## xvi

*Sinopsis**El contenido de la historia*

Para esbozar la magnitud y complicaciones de los datos y hechos que deben ser en materia de la historia, se ofrece la adjunta sinopsis.

Debe tenerse en cuenta que cada renglón podría subdividirse indefinidamente y combinarse con otros por afinidad o contigüidad. Y su estudio debería emprenderse a la manera de un análisis químico o por medio del espectroscopio. Y ello, en este caso, sin más fines que la investigación y la explicación.



*Ecología. Recursos naturales*

Posición geográfica  
Extensión territorial  
Relieve del suelo  
Clima. Sol y lluvia  
Agua potable  
Caza. Pesca. Tules. Madera. Animales útiles, etcétera

*Demografía. Material humano*

Densidad y distribución de la población  
Centros urbanos. Población rural  
Centros industriales y mineros  
Regiones agrícolas  
Zonas desérticas. Sierras y costas  
Glebas y nomadismo  
Caracteres somáticos  
Calidades étnicas. Idioma, etcétera

*Sociología. Instituciones y funciones sociales*

Familia. Tribu. Ciudad  
Clases. Estado. Nación  
Técnica de la producción  
Industrias  
Agricultura. Minería  
Comercio. Comunicaciones  
Gobierno. Instituciones políticas  
Política y policía. Defensa nacional  
Control económico  
Servicios públicos. Justicia. Educación. Salubridad. Beneficencia  
Normas  
Costumbres. Ética. Legislación. Derecho  
Arte  
Recreación. Emoción. Belleza. Estética  
Ciencia  
Investigación. Interpretación. Práctica: Método. Técnica  
Religión  
Mística. Sentido de lo sobrenatural. Misterio. Sentido común. Infinito  
Divinidad

